Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Larry Hutton

El bufón negro

EDICIONES FORUM

ASTRI

A

TERROR

LARRY HUTTON

EL BUFON NEGRO

EL BUFON NEGRO

EL BUFON NEGRO

© LARRY HUTTON
Texto

© BALLESTER-NORMA
Cubierta

1.ª edición: mayo de 1992

Esta publicación es propiedad de
EDITORIAL ASTRI, S.A.
Secretario Coloma, 121, bajos
08024 - BARCELONA

ISBN: 84-469-0029-7
Depósito legal: 20.974 - 1992

Imprime CRONION
Tel. 336 42 13
08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

1

La atmósfera del salón de billares era del todo irrespirable. Como vulgarmente se dice, podía cortarse con un cuchillo.

De las cuatro mesas que había en la destartalada estancia, solo una estaba ocupada.

Dos hombres, uno joven y otro de mediana edad, jugaban, y un tercero miraba.

Miraba, pero no veía muy bien; no a causa del humo condensado en el salón —cuadra, en realidad—, sino porque André Cuchet, el *Cuatro Ojos*, como su apodo daba a suponer, era bastante cegato.

—¡Buena tacada, Maurice! —cloqueó.

André Cuchet, el *Cuatro Ojos*, comprobaba el éxito de las jugadas por el ruido que hacían las bolas al chocar contra sí mismas y contra las bandas de la mesa.

Y nunca se equivocaba.

Antes de sufrir el percance que le dejó casi ciego, André había sido un buen jugador de billar.

—No lamento que no pueda dedicarme a componer relojes como antes —solía decir—, sino que ya no pueda darle al taco como en los buenos tiempos.

Los buenos tiempos, para André Cuchet, lo mismo que para muchos franceses, eran aquellos en que los malditos *boches* no habían entrado todavía en París.

Ya se habían marchado, por fortuna, pero los tiempos felices no habían vuelto.

Ya nada era como antes.

Hacía ya más de tres años que había terminado la guerra y las cosas, pasada la euforia de los primeros momentos de la liberación, iban de mal en peor.

—Si el «larguirucho» se hubiera quedado en vez de dejar paso a los viejos políticos que nos llevaron al desastre en 1940, todo sería distinto.

El «larguirucho», por supuesto, era el general De Gaulle.

Cuando sus amigos estaban dispuestos a escucharle, lo que ocurría muy pocas veces, André Cuchet solía repetir:

—Todo lo que hemos pasado ha sido en vano. A mí mismo, sin ir más lejos, ¿de qué me ha servido perder la salud y la vista en aquel

maldito campo de prisioneros?

Silencio.

—Os lo diré —se respondía a sí mismo—: me ha servido para ser más pobre que antes y para tener que consentir que mi cuñado, un tipo que andaba por ahí lamiendo el trasero a los *boches*, se quedara con mi taller de relojero y me admitiera en mi propia casa por caridad. Cuando yo estuve en aquel campo de prisioneros...

—Vamos, *Cuatro Ojos* —intervenía siempre alguien para interrumpirle—, no nos cuentes más batallitas.

Maurice Clamart y *Cicerón* eran los únicos que soportaban con cierta simpatía y comprensión las interminables confidencias del ex relojero.

Paul Lebouteux, *Cicerón*, también había tomado parte activa en la guerra. A pesar de su edad, se había incorporado a la Resistencia desde los primeros momentos.

Fue allí donde le pusieron el sobrenombre de *Cicerón* por su constante manía de citar a los clásicos —siempre equivocadamente— viniera o no a cuento.

Aunque no tenía estudios superiores, había leído mucho y se tenía por un hombre ilustrado.

Pero, como ya hemos dicho, había luchado en la Resistencia, aportando a la causa común algo más que su inútil bagaje de lecturas mal digeridas.

Maurice Clamart había sido más listo.

En 1940, cuando empezó la invasión, se largó a los Estados Unidos en compañía de una vieja turista americana que se había encaprichado de él.

Maurice no hablaba nunca de su corta estancia en Nueva Orleans en la que había ejercido como secretario para todo en la mansión de su menopáusica protectora.

En cierta ocasión insinuó a sus amigos que la cosa había terminado mal, pues *mistress* Brooker, su dueña y señora, le había sorprendido en brazos de una de sus sobrinas.

El último año de su estancia en los Estados Unidos lo pasó lavando platos en uno de los restaurantes del Vieux Carré.

Si Maurice Clamart se mostraba tan remiso en airear los pormenores de sus aventuras sentimentales al otro lado del Atlántico no era por pudor, desde luego, sino para no estropear su propia imagen de *gigoló* bien cotizado.

Por supuesto, tampoco hacía nunca referencia al modo cómo consiguió el dinero necesario para regresar a Francia en 1947.

La circunstancia de que Maurice Clamart fuera un joven alto, guapo y con ese atractivo tan valorado por cierta clase de mujeres, le había facilitado mucho las cosas.

¿De qué vivía Maurice en aquellos difíciles tiempos de postguerra?

Según él afirmaba, sin profundizar demasiado en detalles, de ciertas operaciones comerciales relacionadas con el mercado negro.

Pero la verdad era otra.

El *Bello Maurice*, como le llamaban en el Barrio Latino, vivía de las mujeres.

¡Y no vivía mal!

No; no era un vulgar proxeneta ni un *maquereau* de tres al cuarto.

Maurice tenía su propio estilo.

Se dejaba querer por dos o tres féminas a la vez —nunca más de tres, pues la resistencia humana tiene sus límites—, percibiendo por sus «servicios» las compensaciones materiales necesarias para atender a sus necesidades.

Las «tarifas» variaban de acuerdo con las posibilidades económicas de sus clientes, casi todas mujeres maduras y solitarias, ávidas de afecto y de ternura.

Sin embargo, no hay que imaginar siquiera que el *Bello Maurice* fuera una especie de Landrú de los tiempos modernos; Maurice no había matado a ninguna de sus muchas amantes ni prometido casarse con ellas antes de descuartizarlas o introducirlas en un horno crematorio.

¿Por cobardía? ¿Por falta de oportunidad?

No se sabía.

Pero no cabía descartar ninguna posibilidad de que eso ocurriera, pues, como dijo el filósofo, el hombre es él y sus circunstancias.

Por el momento, lo único cierto era que Maurice podía atender a las necesidades más perentorias de su existencia y a sus pequeños vicios sin necesidad de arrimar el hombro.

Desde hacía una semana, el joven *gigoló* disponía de más tiempo para dedicarse al ocio, pues solo se veía obligado a satisfacer a una viuda cuarentona del Boulevard Saint Germain, poco absorbente y satisfactoriamente generosa.

Esta era la razón de que gozara de tantas horas libres para entretenerse a jugar al billar con sus amigos.

Pero todo cansa.

—¡Mierda! —exclamó Maurice, dejando el taco sobre la mesa—. Esto es muy aburrido.

—¿De qué te quejas? —dijo *Cicerón*—. Me has ganado todas las partidas.

—¿Y qué? —encendió un cigarrillo Maurice con el «Ronson» chapado en oro que le había regalado la viuda—. Jugar contigo no tiene ningún aliciente, Paul. Manejas el taco como si fuera una escoba.

—Nadie es perfecto —manifestó *Cicerón*—. Como dijo Descartes,

el mundo juzga bien de las cosas porque se halla en la ignorancia natural, que es la verdadera naturaleza del hombre.

—¿Eh? —sacudió la ceniza del cigarrillo Maurice—. ¿Qué diablos tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Además —intervino *Cuatro Ojos*, corrigiendo la posición de sus gafas, que le habían resbalado hasta la punta de la nariz—, no fue Descartes quien dijo eso, *Cicerón*, sino Pascal.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también suelo leer algo más que la página deportiva de los periódicos. Cuando estaba en el campo de prisioneros...

Se interrumpió, pues ni Maurice ni *Cicerón* le hicieron ningún caso.

—El billar no es mi fuerte —dijo *Cicerón*—; lo mío es el ajedrez, muchacho.

—¿El ajedrez? —soltó una bocanada de humo Maurice.

—¡Por supuesto! Soy un intelectual.

—Lo siento —dijo en tono compasivo su amigo—. Como tú mismo has dicho, nadie es perfecto.

De la cocina cercana llegaba el acre olor de las fritangas que la dueña del local ofrecía a sus clientes en el bar que había en la entrada.

—¡Hum! Algo huele a podrido en Suecia —arrugó la nariz *Cicerón*, echando mano a otra de sus equivocadas citas.

—¿Qué os parece si vamos a tomar unas copas a ese nuevo establecimiento que han abierto antes de llegar al puente de Saint Michel? —propuso Maurice.

—Estoy mal de fondos —torció el gesto *Cicerón*.

—Invito yo.

—¿Me incluyes a mí en la invitación? —preguntó *Cuatro Ojos*, pasándose la lengua por los resecos labios.

—¡Claro que sí!

—¡Pues vamos!

—Está lloviendo —indicó *Cicerón*—. ¿Por qué no nos quedamos aquí?

Y señaló hacia el bar, contiguo al salón de billar.

—No, gracias —aplastó Maurice el cigarrillo—. No quiero envenenarme. Huele que apesta.

Los tres amigos salieron a la calle.

Caía una fina llovizna, apenas perceptible en la oscuridad del anochecer, que hacía aparecer un poco ridículos a los pocos transeúntes que habían optado por abrir sus paraguas.

Los tres, a buen paso, avanzaron por una de las callejas que conducen al Boulevard Saint Michel.

En el nuevo bar no cabía un alfiler.

—¡Mierda! —refunfuñó el *Bello Maurice*, a quien el hecho de

alternar con morigeradas damas burguesas no había conseguido pulir del todo su léxico arrabalero—. ¿Qué diablos hacemos ahora?

—Largarnos a casa —respondió *Cicerón*.

—Para mí es demasiado pronto —dijo Maurice, que compartía con un jovenzuelo provinciano, estudiante en la Sorbona, un cuartucho que parecía un palomar.

Después de una corta discusión, *Cicerón* y *Cuatro Ojos* se marcharon juntos, dejando solo a Maurice.

Como la lluvia arreciara, el joven tomó una decisión.

—Iré a hacerle una visita por sorpresa a la vieja —se dijo—. Hoy no me tocaba sacrificarme, pero en casa de Corinne estaré mejor que en mi guarida, soportando a René, que solo piensa en estudiar y en escuchar discos de Carlos Gardel.

No se quedaría a dormir, por supuesto; solo sería una visita de cortesía, una *subtilité d'esprit*, que tal vez decidiera a su protectora a comprarle de una puñetera vez aquel reloj de oro que le había prometido.

No tuvo que andar mucho, pues el Boulevard Saint Germain estaba cerca.

Corinne Duval, viuda Couscous, habitaba en un inmueble que hacía esquina con la *Rue* de Rennes; en el primer piso.

El portero, un tipo bigotudo, que tenía una pata de palo y una mujer gorda baldada por la artritis, le observó desde su garita con una sonrisa maliciosa.

Maurice subió lentamente la escalera, escasamente iluminada y se detuvo frente a la puerta de la viuda Couscous.

Vaciló antes de tocar el timbre, invadido por un extraño presentimiento.

Pero al final se decidió.

Fue, como no tardaremos en comprobar, una decisión del todo equivocada.

2

Maurice escuchó el gritito de asombro que lanzaba madame Couscous al descubrir, a través de la mirilla, la identidad de su visitante.

—¡Je! —murmuró el joven con una sonrisa maliciosa—. Ya sabía yo que le daría una sorpresa.

—¿Tú? —dijo ella al abrirle la puerta.

—Sí, Corinne. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Naturalmente.

—Entonces, no te quedes ahí plantada en medio del pasillo, querida. Tu actitud no es muy hospitalaria.

—¡Oh! —se apartó la viuda.

—¿Es que no te alegras de verme?

—¡Por supuesto que sí! Siempre me alegro de ver a mi gatito. Pero no te esperaba.

—Ya me lo figuro.

Corinne Duval, viuda Couscous, era una mujer de todavía bastante buen ver, algo rellena, pero bien proporcionada; lo que más destacaba en ella eran sus senos, desafiantes y rotundos, y sus ojos profundos y melancólicos, que le daban un encanto especial.

Pero era indudable que no esperaba a Maurice, pues iba ataviada con una bata un poco descolorida y con el rostro completamente desprovisto de maquillaje.

—¡Oh! —exclamó ella, tocándose el pelo, mientras él cruzaba el pasillo para introducirse en el saloncito—. Me encuentras sin arreglar. Si hubiera sabido que ibas a venir, yo...

—No te preocupes —dijo Maurice, mientras tomaba asiento en su sillón preferido y cogía un cigarrillo de la cajita de laca que estaba colocada sobre la mesita que tenía frente a él—; te encuentro muy atractiva.

Y era cierto.

La opulenta viuda, desprovista de todos los potingues con que se embadurnaba el rostro cuando esperaba la visita de su «gatito», tenía un aspecto mucho más agradable.

Lástima que siguiera oliendo a perfume barato y a sudor, como siempre.

—¡Vaya! —exclamó de pronto Maurice, señalando la bandeja con emparedados que estaba sobre la mesita—. ¿Esperas a alguien?

—Pues...

Era evidente que estaba un poco nerviosa.

—¡Vaya! —volvió a exclamar Maurice, mientras encendía el cigarrillo—. ¿Es que no tienes bastante conmigo?

—¿Qué quieres decir?

Él señaló:

—Emparedados, una botella de vino, dos vasos...

—¡Oh! —se sentó la opulenta viuda delante de él, mostrando al sonreír su diente de oro—. Ya entiendo. Pero no es lo que tú te figuras, gatito.

—¿Quién es el fulano?

—No hay otro hombre, Maurice —casi se ofendió ella—. ¿Por quién me has tomado?

—¡Por una ninfómana!

—¿Qué es eso?

—Te lo diré más claro, barril de sebo: por una zorra caliente.

—¡Oh! —dijo Corinne.

Pero no se ofendió; incluso parecía que se sentía profundamente halagada.

—Estás celoso, gatito —cloqueó, moviendo las pestañas.

—¿Yo?

—Sí, *mon petit oiseaux*.

—¿Celoso yo de un saco de mierda como tú?

—De mi nuevo amiguito, para ser más exactos.

—¡Diablos! ¿Luego confiesas que lo tienes, zorra?

—Pues...

—¡Menudas tragaderas tendrá el tío! ¡Seguro que es un carcamal medio cegato, al que recibirás con la luz apagada para que no te vea las patas de gallo!

—Tú no eres un carcamal, Maurice, y sin embargo, cuando no estás enfadado, me encuentras atractiva.

—Yo soy un sentimental, querida —sonrió cínicamente el *Bello Maurice*.

—Y un muchacho muy malo —puso ella los labios en forma de cucurucho—, que me dice unas cosas horribles.

—Podría hacer algo peor.

—¿Qué, gatito?

—¡Pegarte un par de guantazos!

—¿Serías capaz?

—Te gustaría, ¿no?

—¡Oh!

—Ya veo que añoras las palizas que te atizaba tu difundo marido.

—¡Théophile era todo un caballero! ¡Nunca me puso las manos encima! —protestó la viuda, haciéndose la ofendida.

—¿No?

—¡No del modo que tú has insinuado! Tenía unos modales exquisitos, como corresponde a un honrado notario condecorado con la Legión de Honor.

—De acuerdo, de acuerdo —se levantó Maurice, no sin antes aplastar el cigarrillo sobre uno de los emparedados de la bandeja—. Es posible que el fulano que esperas tenga también unos modales exquisitos y unos bigotes tan frondosos como *monsieur* Couscous.

—Pero...

—¡Que te aproveche!

—¡Espera! —se levantó también ella, agarrándole por el brazo—. No tienes motivos para enfadarte, gatito.

—No estoy enfadado —replicó Maurice—. Por mí puedes acostarte hasta con el portero.

—¡Dios mío! ¡Qué ocurrencia!

Maurice intentó avanzar hacia el pasillo, pero la viuda le cerró el paso con la mórbida barrera de sus exuberantes pectorales.

—No espero a ningún hombre, Maurice —dijo con voz mimosa—. Se trata de la señora Miette, una antigua amiga. Viene a echarme las cartas.

—¿Las cartas? —se sorprendió Maurice—. ¿Es que crees en esas tonterías?

—Antes no creía, pero tuve que rendirme a la evidencia.

—¿Por qué? —preguntó él.

La viuda le acarició el rostro con su mano gordezuela, en la que brillaban varias sortijas.

—La señora Miette me pronosticó que conocería a un guapo muchacho, alto, moreno, amable y cariñoso. A los pocos días, tú y yo nos encontrábamos en aquel café.

—Comprendo —la apartó con suavidad Maurice—. Pero eso no demuestra nada.

—Te equivocas, gatito.

Y añadió, como si se le hubiera ocurrido de repente una luminosa idea:

—¿Por qué no te quedas?

—¿Para qué?

—Tal vez podamos convencer a la señora Miette para que te adivine el porvenir.

—¡Bah!

—¿No te gustaría?

—No soy curioso —respondió Maurice—. Además, no creo en absoluto en todas esas estafadoras que pretenden adivinar el futuro de

los incautos que caen en sus manos, consultando una bola que cristal.

—La señora Miette no es una embaucadora, Maurice. Y no emplea una bola de cristal, sino las cartas, el Tarot.

—Es lo mismo —dijo él—. Me marcho.

—¡No te vayas!...

Pero cuando estaba justamente a la mitad del pasillo, llamaron al timbre de la puerta.

La señora Miette, además de sus poderes adivinatorios, si es que los tenía, poseía un excelente apetito. Desmesurado.

Casi todos los emparedados que contenía la bandeja habían ido a parar a su estómago a la media hora escasa de haber tomado asiento en el saloncito de su anfitriona.

También, por supuesto, le hizo los honores a la botella de vino, pese a manifestar en varias ocasiones que el alcohol le producía acidez.

Monique Miette era una mujer delgada y de corta estatura, con una enorme cabeza rematada por una cabellera rubio platino, muy corta y un tanto encrespada.

»¿Dónde meterá esta tía todo lo que traga? —se dijo Maurice—. Seguro que tiene la solitaria».

La visitante, que sin duda estaba al corriente de la situación del joven *gigoló* en la casa, no hizo comentario alguno sobre su presencia.

—¿Puedo pedirte un favor, Monique? —preguntó la viuda.

—Por supuesto —respondió la señora Miette, limpiándose los labios con una servilleta de papel—. ¿De qué se trata?

—Me gustaría que le echaras las cartas a Maurice —dijo Corinne, señalando al que ella llamaba su gatito.

—¡Oh! —hizo un mohín de contrariedad la señora Miette.

—Te lo ruego...

—Me gustaría complacerte, Corinne, pero ya sabes que no acostumbro atender a nadie fuera de mi consultorio.

—Por mí no se moleste, *madame* —intervino con marcada displicencia Maurice—. Yo no creo en estas cosas.

—¿No? —sonrió la señora Miette.

—No —encendió un cigarrillo el joven—. No se ofenda, pero las considero una estupidez, una superstición...

—Propia de gente ignorante, ¿no?

—Sí, eso es lo que pienso.

—Muchacho —dijo con suavidad la señora Miette—, se sorprendería usted si supiera la clase de gente que viene a mi consultorio: médicos, magistrados, políticos, intelectuales...

—¡Allá ellos!

—¿No le preocupa el porvenir?

—No demasiado; solo me preocupa el presente. Yo soy un tipo que vive al día.

—Vamos, vamos —intervino melosa la viuda—. ¿Por qué no me das ese capricho?

Maurice se encogió de hombros.

—Como quieras —concedió—. Si tu amiga está dispuesta...

La señora Miette abrió el bolso y sacó de su interior un mazo de cartas de las llamadas Tarot, nombre francés de los naipes adivinatorios.

La viuda apartó la bandeja para que su amiga pudiera actuar con mayor comodidad.

—Corte, mi joven amigo —dijo la señora Miette.

Maurice obedeció.

Cumplido este requisito, la adivinadora tomó las cartas y, lentamente, fue colocando varias de ellas sobre la mesa.

—A cada figura se le atribuye un sentido particular —explicó.

Iba a añadir algo más, pero se quedó un poco cortada cuando le dio la vuelta a la última carta.

—¿Qué ocurre? —se inquietó la viuda.

—Nada, nada... —respondió la señora Miette, recogiendo los naipes con gesto apresurado y observando con cierta aprensión al joven.

—¿Has visto algo malo en las cartas? —preguntó Corinne.

—No.

—¿Qué porvenir le aguarda a mi gatito?

—No está muy claro —intentó evadir la cuestión la adivina—. Pero es evidente que su vida va a sufrir un cambio muy notable.

—¿Un cambio de fortuna?

Su amiga vaciló.

—Tal vez.

—Vamos, Monique —insistió la viuda—. ¿Por qué no hablas claro?

La señora Miette, que había vuelto a meter los naipes en el bolso, vaciló.

—Conocerá a otra mujer —dijo al fin.

—¿Otra mujer?

—Sí, una mujer muy rica, pero...

—¿Qué? —se llevó las manos al pecho la viuda.

—Un tanto extraña...

Maurice soltó una risita.

—¡Diablos! —bromeó—. Si es muy rica, incluso estoy dispuesto a casarme con ella, aunque tenga dos cabezas y una pierna más larga que la otra.

—Será una mujer bellísima —dijo con la mayor convicción la

adivina.

—En tal caso —siguió en tono de chanza Maurice—, no la dejaré escapar.

—¡Eso es lo que tú te figuras! —se enojó la viuda—. Si te atreves a mirar a otra, soy capaz de sacarte los ojos.

Maurice sonrió a la adivina, pero esta siguió observando al joven con expresión preocupada.

—Me voy —dijo de pronto Maurice.

—¿Tan pronto? —le agarró por el brazo la viuda.

—Sí —se desasió de ella el *gigoló*—. Si lo que asegura tu amiga es cierto, no quiero hacer esperar a esa hermosa y rica desconocida que va a cambiar mi vida.

—Pero...

—Lo siento, querida.

Y avanzó hacia el pasillo para abrir la puerta y salir a la escalera.

Dos minutos después, estaba en la calle, observando con satisfacción que ya no llovía.

En el saloncito de la viuda Couscous se había establecido un prolongado silencio, que fue roto por la misma dueña de la casa.

—¿Qué más viste en las cartas, Monique? —preguntó.

—Pues...

—Dímelo, por favor.

—La muerte —murmuró la adivina.

—¡Dios mío! —palideció la viuda.

3

Al día siguiente lució un sol esplendoroso.

La ciudad parecía recién lavada y la atmósfera era tibia y perfumada.

Maurice Clamart se levantó tarde, casi al mediodía y se encaminó sin prisas a uno de los restaurantes que solía frecuentar cuando no comía en casa de su protectora.

Después de la prolongada sobremesa, abandonó el restaurante y entró en un cine.

La película resultó bastante amena y se quedó a verla dos veces.

Al salir del cine se fue a pasear por la orilla izquierda del Sena, bajo los árboles dorados por el tibio sol de septiembre.

Hacía tanto calor como en pleno verano.

Mientras paseaba, le vino a la memoria lo sucedido el día anterior.

—¡Qué estupidez! —gruñó—. Pero no estaría nada mal que el destino pusiera en mi camino a una rica heredera.

Repentinamente, por primera vez en su vida, decidió embarcarse en un *bateau-mouche* de los que navegan por el Sena.

Cuando ya estaba en el embarcadero experimentó una extraña sensación de desasosiego y aprensión.

Parecía como si una fuerza misteriosa le indujera a quedarse en tierra.

Pero siguió adelante.

Le sobraba mucho tiempo, pues no pensaba visitar a la viuda hasta la hora de la cena.

Los pasajeros de la embarcación, la mayoría turistas, no eran muy numerosos.

Maurice se sentó en uno de los bancos de popa, ninguno de ellos ocupado, apartándose de la bulliciosa compañía de un grupo de americanos, que entre jocosos comentarios, enfocaban sus cámaras fotográficas hacia la mole de Notre-Dame, que se levantaba en el centro de L'ile de la Cité.

La embarcación fue remontando lentamente el Sena hasta llegar a la Statue de la Liberté, iniciando desde ese lugar el camino de regreso al embarcadero de origen.

Las sombras del anochecer empezaban a caer sobre la ciudad cuando el *bateau-mouche* cruzó por delante de la catedral.

Una neblina azulada se levantaba del agua, velando el contorno de las orillas, en las que habían empezado a brillar las primeras luces del alumbrado.

Coincidiendo con el lejano rugido de una sirena, la muchacha avanzó por el solitario pasillo que formaban las hileras de bancos.

Iba ataviada con un largo vestido blanco, algo anticuado, que confería un cierto aspecto fantasmal a su esbelta figura.

Maurice, ensimismado, no se dio cuenta de su presencia hasta que ella exclamó al encontrarse frente a él:

—¡Paul!

El protegido de la señora Couscous, sorprendido, levantó la cabeza.

—¡Paul! —repitió la joven con voz ronca y emocionada.

Su rostro infantil, de una lechosa palidez, expresaba una viva emoción, mezcla de angustia y de suave reconvención.

—¿Eh? —se desconcertó Maurice—. ¿Te ocurre algo, pequeña?

La desconocida se sentó a su lado y le puso una mano en el brazo, diciendo:

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué te alejaste de mi lado, Paul?

—Muchacha —respondió un poco molesto Maurice, creyendo que se las había con una perturbada—, yo no soy ese Paul que tú buscas.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¿Por qué dices eso? Ya sabes que tus bromas me hacen sufrir. ¿Por qué dices que no eres Paul?

—Porque no lo soy, pequeña.

—Yo...

—Anda, encanto, deja de fastidiarme y vuelve con tus padres, que sin duda te estarán buscando por todo el barco.

—Mis padres han muerto, bien lo sabes.

—¿Yo?

—Sí —respondió ella, bajando la cabeza—. ¿No recuerdas que asististe a su entierro?

—Yo nunca he asistido a ningún entierro, pequeña; si puedo evitarlo, incluso evitaré asistir al mío.

—Murieron bajo las bombas que arrojaron tus amigos —murmuró la muchacha—. Nosotros te recogimos en nuestra casa aquella noche que llegaste del cielo y curamos tu pierna herida. Pero eso no evitó que, unas noches después, los pilotos de aquellos bombarderos lanzaran sus bombas incendiarias sobre Petit-Cháteau... Tú y yo escapamos; pero mis padres...

Indudablemente, la chica estaba loca.

¿Cómo era posible que semejante chalada anduviera sola por el mundo?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Maurice.

—No lo sé.

Pero rectificó al instante.

—No, no es cierto. Vine aquí, a la gran ciudad, porque sabía que te encontraría.

—¿A mí?

—Sí, Paul.

—Pequeña —replicó con evidente fastidio el *gigoló*—, ya te he dicho que yo no soy Paul.

—Yo...

—Mírame bien, estúpida —estalló Maurice—. ¿En qué me parezco yo a ese maldito Paul?

—Bueno, es cierto que estás un poco cambiado; pero es a causa de que ahora no llevas aquel uniforme.

—Yo nunca he llevado uniforme.

—¿Por qué te fuiste? —se cubrió ella el rostro con las manos y estallando en sollozos.

—¡Maldita sea! —se enfureció Maurice.

La muchacha, repentinamente, dejó de llorar y volvió la cabeza hacia Maurice.

—No; no eres Paul —dijo con infinita tristeza—. Pero te le pareces mucho. Otras veces ya me ha ocurrido lo mismo. Tal vez... tal vez Paul me haya olvidado.

Maurice se permitió una pequeña galantería.

—Yo no te hubiera olvidado —dijo—. Eres una chica muy bonita, ¿sabes?

Ella ignoró el cumplido.

—No —murmuró, obsesionada—; Paul no puede haberme traicionado. Volverá a buscarme cuando acabe la guerra, estoy segura.

—¿La guerra? —se quedó mirando Maurice a la muchacha—. La guerra ha terminado hace mucho tiempo.

—Es posible que haya muerto...

—¿Quién?

—Paul, naturalmente.

Y se puso a reír, como si lo que acababa de decir fuera la cosa más divertida de este mundo.

«Loca, completamente loca» —pensó Maurice.

Cuando estaba a punto de levantarse para dejarla plantada, ella se quitó una sortija que llevaba en el dedo y se la entregó con una sonrisa.

—Toma —dijo.

—¿Eh? —se extrañó Maurice—. ¿A qué viene eso? ¿Por qué me das esta baratija?

—No es ninguna baratija; hay muchas joyas como esta en el arcón

que mis padres escondieron en el sótano. Joyas y lingotes de oro.

Las orejas del *gigoló* se enderezaron como los cuernos de un caracol.

Le echó un vistazo al anillo que tenía en la mano y al instante tuvo la evidencia de que aquella insólita jovencita no le mentía: la sortija era de platino y llevaba engarzados tres brillantes.

—¡Diablos! —exclamó, incapaz de reprimir su emoción.

Estuvo a punto de devolverle el anillo a su propietaria, pero lo pensó mejor y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Suzanne —respondió ella.

—Yo me llamo Maurice —dijo el protegido de la viuda Couscous, tomando la mano de la muchacha.

Una mano fría, como un pez recién sacado del congelador, pero que no rehuyó el contacto.

Suzanne levantó la cabeza, observándole con sus ojos sombríos y llenos de melancólica tristeza, al mismo tiempo que entreabría sus descoloridos labios.

Maurice correspondió a la muda invitación, inclinando su rostro sobre el de la muchacha.

Fue como si hubiera besado un pedazo de hielo.

Quiso apartarse, pero ella le retuvo, echándole los brazos al cuello.

Lo que sucedió después fue como un extraño sueño; algo tan extraordinariamente absurdo, que Maurice hubiera dudado de que realmente hubiese ocurrido de no tener en su bolsillo la prueba fehaciente de la presencia de Suzanne a bordo del *bateau-mouche*.

El hombre que acompañaba a la muchacha hizo su aparición en el momento en que la embarcación atracaba en el mal iluminado embarcadero.

Era una especie de enano jorobado, vestido de negro, cuyos ojos saltones se quedaron observando a Maurice con tristeza.

—Vamos —le dijo a Suzanne.

Ya en tierra, Maurice les vio alejarse entre la neblina, como dos fantasmas.

Antes de subir, acompañada del enano, las escaleras que conducían al boulevard, Suzanne se volvió hacia Maurice, moviendo los labios.

A pesar de la distancia, el joven pudo entender lo que ella le estaba diciendo.

—Te espero en Petit-Château, Maurice. No olvides tu promesa.

Maurice le hizo un gesto con la mano.

Luego, cuando la neblina se los tragó a los dos, el *gigoló* metió la mano en el bolsillo y sacó la sortija que le había entregado Suzanne.

—Acudiré a la cita, pequeña —murmuró.

4

El almacén de chatarra que Paul Lebouteux tenía a medias con Pierre Ridoux estaba situado en un descampado de las afueras de París, junto a la carretera que conduce a Sceaux.

Cicerón y Ridoux se habían conocido durante la guerra y, al finalizar esta, habían decidido establecerse por su cuenta, comprando y vendiendo material de desecho.

Maurice fue recibido por *Cicerón* en el cobertizo que servía de oficina a los dos chatarreros.

—¡Vaya! —le dijo Paul Lebouteux a su amigo—. ¿A qué se debe esta visita tan temprana? ¿Es que la viuda te ha echado de la cama?

—Esta noche no he ido a verla.

—¿Y eso? —preguntó *Cicerón*, mientras buscaba en un desvencijado armario algo de beber—. ¿Es que estás enfermo?

—Nunca me encontré mejor.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Tengo que decirte algo importante.

—¡Diablos! ¿Tienes algún problema, muchacho?

—No —respondió Maurice—. Pero necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Para viajar a Bretaña.

—¿A Bretaña?

—Sí, a un lugar llamado Petit-Château.

—¿Dónde está eso?

—Cerca de Brest, al otro lado de los montes D'Arrée.

—¡Vaya! ¿Qué se te ha perdido en ese lugar? ¿Acaso vive allí tu familia?

—Yo no tengo familia —respondió Maurice—. Pero es posible que encuentre allí a mi futura esposa.

—¿Eh? ¿Casarte tú?

—¿Por qué no?

—¡Tú estás loco, muchacho! —dijo *Cicerón*, colocando sobre la mesa la botella de vino que había sacado del armario—. ¿Qué esperas conseguir con eso?

—Resolver de una vez, definitivamente, mis eternos problemas de tesorería.

—No te entiendo. Como dijo Voltaire, es estúpido casarse para resolver los problemas que uno no tendría si no se hubiera casado.

Maurice, que era mucho menos «ilustrado» que su amigo, no estaba en situación de aclararle que el anterior aforismo no era atribuible a Voltaire, sino al irlandés Bernard Shaw.

—Voy a seguir mi destino.

—¿Qué destino, Maurice?

—La otra noche, cuando nos separamos, alguien me predijo que encontraría a una mujer rica.

—¡Ja, ja, ja, ja! —se burló *Cicerón*—. Yo no creo en tales bobadas.

—Yo tampoco creía —respondió con toda seriedad Maurice—. Pero, ante lo sucedido, debo rendirme a la evidencia.

Y explicó a su amigo el encuentro que había tenido a bordo del *bateau-mouche*.

—¿Y vas a hacer caso de esa loca?

—No sé si está loca, pero de lo que estoy seguro es que es inmensamente rica. ¡Mira!

Y le mostró la sortija que le había regalado Suzanne.

—¡Hum! —la examinó con ojo experto *Cicerón*—. No hay duda de que es buena. Pero eso no demuestra nada.

—Ella me aseguró que tiene un cofre lleno de joyas y barras de oro escondido en el sótano de su casa.

—¡Hum! ¿Y por qué se interesó por ti?

—Ya te lo he dicho: le recuerdo a un antiguo novio, un aviador americano que conoció durante la guerra. Un tipo llamado Paul.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto, espero.

—¡Bah! Lo más probable es que esa muchacha se haya escapado del manicomio.

—No; no lo creo. El hombre que iba con ella parecía un criado y no el empleado de una casa de salud. Además...

—¿Qué, muchacho?

—Me he tomado la molestia de realizar algunas averiguaciones. Petit-Château existe. Es una antigua mansión edificada junto a las ruinas de una fortaleza construida en 1395 por los ingleses, cuando estos ocupaban la ensenada de Brest.

—En efecto —asintió *Cicerón*, impaciente por apabullar a su amigo con su delirante y trastocada erudición—. Bretaña, que antiguamente se llamaba Armórica, y luego fue incorporada a la corona francesa en la batalla de Bosworth Field, donde fue derrotado Ricardo XIII, aquel que dijo cuando una ráfaga de ametralladora envió a su montura al otro barrio: «¡Mi reino por un caballo!»

—¿Estás seguro que fue Ricardo XIII quien dijo eso?

—¡Seguro! Fue el mismo que tomó parte en la guerra de los Dos

Claveles; el clavel blanco de York y el clavel rojo de Lancaster. Enrique Tudor, su sucesor...

—¡Para el rollo, por favor! —levantó la mano Maurice.

—¿Rollo? Lo único que pretendía es ofrecerte la oportunidad de mejorar tus conocimientos históricos y...

—¡Al diablo con eso! No he venido aquí para aprender historia.

—¿Para qué, entonces?

—Para que me acompañes a Petit-Cháteau.

—¡Hum! ¿Ahora, precisamente?

—Sí.

—Tengo mucho trabajo.

—¡Bah! Yo creí que eras mi amigo.

—¡Claro que lo soy! Pero mi socio...

—Dile que vas a comprar una partida de chatarra.

—Sí —se pasó la mano por la mal afeitada mejilla *Cicerón*—, eso sería una buena excusa. Pero, ¿qué gano yo con acompañarte a Bretaña?

—Ya te he dicho que esa chica es muy rica, Paul.

—¡Hum!

—Me habló de un cofre repleto de joyas.

—Puede tratarse de una fantasía.

—No lo creo.

—No puede hacerse mucho caso de lo que dice una loca.

—El dicho popular asegura todo lo contrario.

—¿Qué?

—Que solo los niños, los borrachos y los locos dicen las verdades.

—¡Tonterías! Yo no estoy loco, ni tampoco soy un niño ni un borracho, y siempre digo la verdad.

Y a continuación, tal vez por asociación de ideas, llenó dos vasos con el vino de la botella que tenía en la mano.

—Bebe —dijo.

—No.

—¿Por qué no? Es un clarete estupendo.

—Solo beberé contigo si aceptas acompañarme a Bretaña.

—¡Diablos! ¡Vaya perra que has cogido con eso! ¿Por qué no hablas con André? El fulano tiene todo el tiempo del mundo, pues se pasa los días sin hacer nada.

—No —movió la cabeza Maurice.

—¿Por qué no?

—Porque *Cuatro Ojos* no tiene una furgoneta.

—¡Ajá! —dejó la botella *Cicerón* encima de la mesa—. ¡Por fin hablas claro de una vez! No es mi compañía lo que te interesa, sino la furgoneta.

—Yo...

—¡Vamos! ¡Admítelo sin reservas!

—Lo admito —sonrió Maurice—, pero solo en parte. También pretendo que saques tajada del asunto.

—Muy amable. Pero la cosa no me entusiasma demasiado. No será tarea fácil largarse con las joyas de esa pobre loca.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto a casarme con ella.

—Aun así, no permitirá que te largues con todo.

—Pienso heredarla.

Paul Lebouteux parpadeó.

—¡Hum! —gruñó—. La espera puede ser larga.

—No lo creas —sostuvo Maurice la mirada de su amigo—. Mi esposa puede sufrir un lamentable accidente y…

—¡No! —exclamó *Cicerón*—. No cuentes conmigo para eso.

—Tú no tendrás que tomar parte en ese pequeño trabajo. Yo asumo todos los riesgos.

—¡Hum! —gruñó *Cicerón*—. La furgoneta no es mía, sino de mi socio.

—Pero la utilizas tú, ¿no?

—Solo para cuestiones del negocio.

Maurice exclamó:

—¡No hay problema, maldita sea! Como ya te he dicho, puedes usar la excusa de que vas a comprar una partida de chatarra, que te han ofrecido a buen precio.

Paul vaciló.

—El viaje es largo —dijo—, y la gasolina no la regalan.

—No te preocupes —respondió Maurice—: los gastos corren a cuenta de la vieja.

—¿Le dirás que...?

—¡Claro que no! Solo le diré que voy a Bretaña para resolver un negocio.

—Si supiera la verdad...

—¡Sería capaz de sacarme los ojos! Pero no temas, sé como engatusarla para que no sospeche nada.

Paul señaló uno de los vasos.

—Bebe —dijo.

—¿Estás de acuerdo?

—¡Ajá! —respondió *Cicerón*.

Y, sin más dilaciones, ambos levantaron los vasos para brindar por el éxito de la empresa.

El que una pobre muchacha tuviera que morir para que los dos granujas alcanzaran sus siniestros propósitos no inquietaba demasiado a Paul Lebouteux, y mucho menos a Maurice.

5

La furgoneta del socio de *Cicerón* hubiera podido entrar a formar parte de la chatarra almacenada en los cobertizos del establecimiento, tal era su vetustez y lastimoso estado.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Maurice, observando con marcada expresión de recelo el antediluviano artefacto.

—¡Por supuesto!

—¿Sin tener que empujarla en las cuestas?

—¡Naturalmente! Es una camioneta un poco vieja, no puede negarse, pero toda la guerra estuvo sin funcionar, pues su dueño la escondió en el garaje cuando llegaron los *boches*.

—¿Has llenado el depósito de gasolina?

—Sí —respondió *Cicerón*—. Me la han proporcionado a precio especial en el garaje de un amigo.

—Robada, supongo.

—En un almacén del Ejército; los veinticinco litros que han sobrado los he colocado detrás, en varias latas.

Era las diez de la mañana y lucía un sol radiante.

Paul no se molestó en comprobar el estado de los neumáticos, pues sabía de sobra que era lamentable.

Los frenos no estaban mucho mejor.

Aunque tal vez no fuera necesario utilizarlos ya que, con toda probabilidad, el vehículo ni siquiera se pondría en marcha.

—Vamos —dijo *Cicerón*, abriendo la portezuela de la cabina para que entrar Maurice.

Paul Lebouteux entró por el otro lado, acomodándose frente al volante.

Después de varias tentativas, consiguió poner el motor en marcha y arrancar.

El vehículo abandonó la explanada de la chatarrería, asustando con su estruendo y secas explosiones a unos gatos que estaban tomando el sol en una de las aceras.

—Comeremos en Pontchartrain —dijo Paul.

—¿Tú crees que estaremos allí al mediodía?

—¡Seguro!

—¡Hum! Tengo la impresión de que no nos movemos de sitio.

—¡Figuraciones tuyas, muchacho!

La camioneta, entre asmáticos resoplidos y agónicos jadeos, consiguió llegar a las afueras de la ciudad, donde tomó la carretera de Versalles.

—¿Qué te parece? —preguntó *Cicerón* sin soltar las manos del tembloroso volante.

—¡Hum! —evadió la respuesta Maurice.

—Lo único que necesita este cacharro en una buena mano de pintura —dijo con exagerado optimismo el conductor.

Y añadió, antes de que su amigo manifestara sus dudas al respecto:

—¿Qué tal te fue con la vieja?

—Bien.

—¿Le sacaste mucho?

—Menos de lo que yo hubiera querido. La muy avara empezó a lloriquear como una estúpida cuando le dije que iba a estar fuera de París por algún tiempo.

—No puede vivir sin ti, ¿eh?

—Eso parece; pero si todo sale bien, tendrá que buscarse a otro para que le caliente las sábanas.

—¡Diablos! —dijo *Cicerón*, cambiando la marcha—. Pero ahora todo va a cambiar.

—Si —admitió con el mayor cinismo Maurice—. Pero ahora todo va a cambiar.

—No te fíes demasiado.

—Bueno, si la cosa sale mal, ya buscaré algo mejor.

—¿No volverás con la viuda?

—¡No! ¡Que se vaya a la mierda! Con mis aptitudes, puedo aspirar a algo más productivo.

—No estarás pensando en ponerte a trabajar, supongo.

—¡Eso nunca! Me buscaré una turista americana. Ya lo hice en una ocasión.

—Pero no le sacaste mucho provecho.

—Es cierto —admitió de mala gana Maurice—, pero fue por mi culpa. Ahora las cosas serían distintas, pues tengo más experiencia y no cometería las torpezas de entonces. Ya no soy un novato.

—¡Seguro!

—Pero no hay que pensar en eso.

—¿Por qué?

—Porque, gracias a esa bretona medio chalada, me convertiré en un hombre rico.

—¿Y yo?

—Tú también, Paul.

—¡Ya estoy deseando conocerla!

—¡Hum!

—Es bonita, ¿no?

—No está mal —respondió Maurice en tono despectivo—. Pero no es mi tipo. Además...

—¿Qué?

—Es lisa como una tabla de planchar —respondió el *gigoló*, pasándose la mano por el pecho.

Paul Lebouteux, condujo en silencio algunos instantes.

—Tal vez —dijo al salir de una curva—no sea necesario recurrir a la violencia para echarle mano a esas joyas.

—Ya veremos —se encogió de hombros Maurice.

—No es agradable tener que...

—¿Te da miedo lo que pienso hacer con ella?

—Sí —respondió *Cicerón*.

—No te preocupes —sonrió Maurice con los labios torcidos por una cínica sonrisa—. Como ya te dije, yo me encargaré de todo.

—Pero si la Policía empieza a hacer averiguaciones...

—No sospecharán nada.

—Eso es lo que tú te imaginas.

—Procuraré que parezca un accidente.

Paul se aclaró la garganta.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo, mirando de reojo a su amigo.

—¿Qué?

—Que sería preferible que diéramos media vuelta y regresáramos a París.

—¡Vaya! —encendió Maurice un cigarrillo—. ¿Ahora me sales con esas? No te creía tan cobarde. Para ser un tipo que se ha cargado a muchos de sus semejantes luchando en las filas de la Resistencia, tienes demasiados escrúpulos.

—Aquello era distinto, Maurice.

—¡Bah!

—Luchaba por la patria.

—¡Déjate de bobadas! —escupió Maurice por la abierta ventanilla.

—Está bien, está bien —se resignó Paul Lebouteux—. Como dijo Marco Antonio después de cruzar el Rubicón, «la suerte está echada».

Comieron en Pontchartrain, aunque un poco más tarde de lo calculado, y luego prosiguieron el camino.

La camioneta, en contra de lo esperado, se portó bastante bien; solo tuvieron que detenerse un par de veces a echarle un poco de agua para contener la humareda que salía del radiador.

Era ya de noche cuando llegaron al cruce de caminos de Dreux,

pero siguieron adelante hasta encontrar un pequeño parador.

La cena fue algo más apetitosa que la comida.

—Supongo que nos quedaremos aquí a dormir —dijo *Cicerón*—. No me gusta conducir de noche.

—De acuerdo —respondió Maurice.

La habitación tenía dos camas, un armario y un lavabo. El baño estaba en el pasillo.

—Paciencia —dijo Maurice—. Cuando seamos ricos, solo nos alojaremos en hoteles de lujo.

—Sí —se sentó sobre una de las camas *Cicerón*—, Pero también es posible que nos alojemos en una celda de la Santé.{1}

Maurice le respondió con un gruñido.

—Si todo sale mal... —intentó volver a la carga su compañero de viaje.

—¡Cállate! —le ordenó Maurice.

—Pero...

—¿Por qué no dejas de fastidiarme?

Paul Lebouteux, sumiso, empezó a despojarse de la ropa, y luego se metió entre las sábanas, sin tomarse la molestia de ponerse el pijama que llevaba en la maleta.

Maurice era más refinado.

Utilizó el pijama, e incluso se cepilló el pelo y se lavó los dientes.

Cuando apartó la ropa del lecho para imitar a su compañero, este ya estaba roncando como un bendito.

—¡Vaya! —murmuró Maurice, buscando una postura cómoda sobre el duro colchón que, por desgracia, le había tocado en suerte—. No hay nada mejor que la tranquilidad de conciencia para disfrutar de un sueño tan apacible como el de un recién nacido.

Se refería a su amigo, naturalmente.

Sin embargo, él debía ser sin duda la excepción de la regla, pues, a pesar de tener la conciencia más negra que el trasero de un mono, se durmió plácidamente.

Pero...

6

En el cielo nocturno, surcado por algunas nubes viajeras, brillaba una gran luna de color de sangre.

Los árboles, las montañas y los prados estaban bañados por una claridad rojiza y fantasmal.

Maurice descendió por la ladera de una colina hasta el fondo del valle como si una mano invisible le empujara.

En la amplia hondonada, sobre una pequeña elevación del terreno se veía la oscura silueta de un edificio medio en ruinas.

De una de las ventanas surgía una luz amarillenta, como el ojo de un animal monstruoso que vigilara en la oscuridad.

«¿Dónde se habrá metido *Cicerón*?» pensó Maurice, mientras avanzaba penosamente por el sendero que terminaba en la entrada principal del edificio.

Bajo el emparrado, envuelta por los rojizos rayos, de aquella extraña luna, que rielaba en el cielo de un negro aterciopelado, había una figura vestida de blanco.

Era una joven mujer, y Maurice la reconoció al instante.

—Suzanne —murmuró.

Ella también advirtió su presencia y le tendió los brazos.

—¡Maurice! —le llamó.

El *gigoló* quiso acelerar sus pasos, pero le resultó imposible.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Sus pies empezaron a hundirse en el barro, dificultando su marcha.

El barro, que parecía amasado con sangre, despedía un desagradable olor a podrido.

De pronto, Maurice se encontró en medio de un bosque impenetrable y tenebroso, cuyas ramas, azotadas por el viento, gemían de forma lastimera por encima de su cabeza.

Ahora, lo que le impedía avanzar no era aquel barro viscoso y maloliente, sino unos matorrales espinosos que se le enredaban en las piernas.

A su alrededor, unos siniestros pajarracos revoloteaban de rama en rama, emitiendo unos agudos chillidos.

Por fin, tras grandes esfuerzos, consiguió llegar a una especie de

claro.

La atmósfera era opresiva y casi le impedía respirar.

—¡Maurice! ¡Maurice! —le llamó, lejana, la voz de Suzanne.

—¡Ya voy! —gritó él, buscando la manera de orientarse en medio de aquella agobiante selva.

Maurice extendió la mano y uno de los árboles que le cerraban el paso saltó en pedazos.

Pero el camino no estaba libre.

Allí, frente a él, estaba el enano.

Vestía de negro, pero con unas extrañas ropas que le daban la apariencia de un bufón medieval; de su puntiaguda capucha y de los extremos de su esclavina pendían unos cascabeles plateados que emitían un sonido apagado y lúgubre; sus piernas, delgadas y torcidas, estaban clavadas en el suelo, como si hubieran echado raíces.

—¿Quién eres? —preguntó Maurice.

—El Bufón Negro —respondió el enano sin apenas mover los labios.

—¿Dónde está ella?

—Aquí —respondió el Bufón Negro.

—Condúceme a su presencia.

—No.

—Me está esperando.

—Lo sé.

—Déjame pasar.

El enano movió su enorme cabezota, negativamente.

—¡Jamás! —dijo—. Ya ha sufrido bastante. No voy a permitir que nadie le cause el menor daño.

—No es esa mi intención.

—¡Mientes! —señaló el enano hacia él, mientras sus ojos refulgían con expresión amenazadora—. Tú, lo mismo que el otro extranjero que descendió de las nubes, vienes a perturbar su paz.

—¿Cómo lo sabes?

—Os vi juntos en la ciudad.

—Sí, ya lo sé —avanzó hacia el enano Maurice—. Pero Suzanne ya no es una niña y puede tomar sus propias decisiones.

—Vete —alzó la mano el Bufón Negro—. Vuelve a tu mundo extraño y ruidoso y olvídate de mi dueña y señora. Si no lo haces...

—¿Qué?

—Morirás, lo mismo que el otro.

—¿Lo mataste tú, maldito enano? —apretó los puños el *gigoló*.

—Sí —respondió el Bufón Negro.

Maurice se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja.

—Si no te apartas de mi camino —le amenazó—, te sacaré las tripas.

El enano se cruzó de brazos, mientras una sonrisa siniestra deformaba todavía más su feo rostro.

—Vete —repitió.

Maurice, navaja en mano, saltó hacia él.

Pero el Bufón Negro ya no estaba allí; se había desvanecido en el aire.

Una risotada sonó a espaldas de Maurice.

El *gigoló*, furioso, se revolvió como una fiera acosada.

Pero no vio a nadie.

La oscuridad se había hecho tan completa, que al joven le pareció que estaba encerrado en un profundo pozo.

Y en realidad era así.

Maurice no veía nada, pero «sabía» que las rocosas paredes de aquella angosta caverna se iban cerrando lentamente a su alrededor.

Desesperado, empezó a apuñalar las tinieblas a diestro y siniestro, hasta que la hoja de la navaja, al golpear contra la roca, se rompió en pedazos.

—¡Maurice! —oyó que alguien le llamaba.

El joven se limpió el sudor que le resbalaba por el rostro y, forzando la vista, creyó distinguir frente a él una figura vaporosa.

—¡Suzanne! —gritó.

—Estoy aquí... Estoy aquí...

Maurice quiso avanzar hacia la aparición, pero algo viscoso le sujetó las piernas.

—¡Una serpiente! —exclamó.

De pronto, un torbellino de luz estalló en su cabeza y, súbitamente, se encontró en otro lugar.

Ahora estaba en un sótano, apenas iluminado por la luz de una antorcha, sujeta a una anilla de hierro.

Suzanne, que estaba a su lado, le tomó de la mano.

—Ven —dijo.

En uno de los rincones del sótano, sobre una mesa de carcomidas maderas, estaba un cofre de regular tamaño.

—Ábrelo —murmuró ella a su oído.

Maurice obedeció, lanzando una exclamación de sorpresa al ver lo que el cofre contenía.

Un gran número de joyas de oro y platino, incrustadas de diamantes y otras piedras preciosas refulgían como si estuvieran vivas.

—¡Diablos! —exclamó el *gigoló*, metiendo sus ávidas manos en el cofre.

—Es tuyo —dijo Suzanne.

—¡Mío! ¡Mío! —repitió Maurice, temblando de emoción y de codicia.

¡Lo había conseguido! El tesoro que le había prometido la loca

estaba por entero a su disposición. Ni siquiera tendría que repartirlo con aquel estúpido de *Cicerón*, que había desaparecido de su lado sin siquiera despedirse.

Todo había sido más fácil de lo que él esperaba. Había tenido ciertas dificultades al principio, pero todo fue debido a aquel repugnante enano, que le hizo ver, seguramente gracias a su poder hipnótico, unos obstáculos que sin duda alguna no existían.

Ahora estaba prevenido y no se dejaría sorprender.

—Maurice —dijo Suzanne, sacándole de su ensimismamiento.

—¿Eh? —se sobresaltó el *gigoló*.

Ella le tomó de la mano.

Los delgados dedos de la muchacha estaban tan fríos como la nieve y Maurice tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no rechazar violentamente el desagradable contacto.

—Todo está preparado para la ceremonia —dijo Suzanne.

—¿Qué ceremonia? —parpadeó él.

—La de nuestra boda, querido —señaló la muchacha hacia una de las puertas del sótano, que Maurice no había advertido hasta entonces —. El abate Houdan y los invitados esperan.

—Pero...

—Vamos —tiró ella de su mano.

—Espera —dijo Maurice—. ¿No crees que es un poco precipitado? Además, no es frecuente celebrar esa clase de ceremonias a medianoche.

—Vamos —insistió Suzanne.

—Acabo de llegar —se defendió él, pero adquiriendo paulatinamente la convicción de que todo era inútil—. Debo vestirme de forma adecuada. ¿Qué pensarán de mí tus invitados si me presento ante ellos con estas ropas destrozadas y manchadas de este nauseabundo barro rojizo?

—No les importará, ya lo verás.

—Pero, por lo menos, podríamos esperar a mañana, a la salida del sol.

—¡Imposible!

—¿Por qué, Suzanne?

—El abate Houdan, los invitados y mis padres no pueden acudir a otra hora.

—¿Eh? —se sobresaltó Maurice—. ¿Has dicho tus padres?

—Sí.

—Pero... ¿no me dijiste que habían muerto?

—Sí, Maurice.

Ahora ya no cabía la menor duda de que la heredera de Petit Cháteau estaba completamente loca.

Era del todo inconcebible que no estuviera encerrada en un

manicomio.

—Si están muertos, Suzanne, ¿cómo pueden asistir a la boda?

—Eso no constituye ningún inconveniente; no tienen que hacer un largo camino. El cementerio donde reposan está junto a uno de los muros de la capilla. Y lo mismo ocurre con el abate Houdan y los invitados.

—Entonces —se le erizaron los cabellos al *gigoló*—, ¿todos están muertos?

—Sí, querido.

Solo la presencia del cofre y su contenido retuvo a Maurice en aquel lugar.

Suzanne le empujó suavemente hacia la puerta, que daba paso a una estrecha escalera de piedra.

La humedad se filtraba por las paredes.

Miles de escarabajos correteaban por los peldaños de la estrecha escalera, formando una repugnante alfombra viviente.

Alguien, en lo alto, se inclinó hacia ellos con un candelabro encendido en la mano.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —gritó.

Las notas de un asmático órgano retumbaron a lo lejos.

—Muertos, todos muertos —murmuró Maurice, mientras a cada peldaño que subía, agarrado a la mano de la loca, notaba que las suelas de sus zapatos hacían una verdadera escabechina entre los enlutados escarabajos.

—Sí —le sonrió ella con tristeza.

Y, mientras de su aplastado y anémico pecho salía un profundo suspiro, añadió:

—Yo también estoy muerta, querido.

7

La capilla estaba llena de escombros ennegrecidos, medio cubiertos por ralos hierbajos.

Las paredes, medio derruidas, mostraban las señales evidentes de un incendio.

Los bancos, carbonizados en parte, estaban casi sepultados en una espesa capa de polvo.

No entraba ninguna luz por los ventanales, pero centenares de cirios amarillos iluminaban el altar y el presbiterio, al que se ascendía por unas gradas erosionadas por el paso de los años.

Al otro lado de la barandilla que cerraba el presbiterio, en el lado derecho del altar, esperaban los invitados.

Eran muy pocos.

La mayoría vestían de negro, con ropajes de distintas épocas. Uno de ellos lucía una armadura oxidada, cuyo casco sostenía en las manos.

La vacilante luz de los cirios acrecentaba la palidez de sus rostros, inmóviles, sin expresión.

El abate, revestido de negros ornamentos, esperaba en el centro del altar.

Sus cabellos eran blancos como la nieve y sus ojos, de dilatadas pupilas, se mantenían fijos, mirando hacia el pasillo, por el que avanzaba Suzanne, la novia, del brazo de un hombre de mediana edad, bajo y delgado, vestido de negro, que llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho.

Maurice estaba de pie junto a uno de los dos reclinatorios colocados al pie del altar.

De un pebetero de metal salía un humo espeso y acre que, paulatinamente, iba envolviendo a todos los presentes.

Cuando Suzanne y su padre llegaron junto a Maurice, la muchacha, que llevaba en la mano un ramillete de flores silvestres, le sonrió.

Maurice no le devolvió la sonrisa.

Si sus piernas hubieran estado en condiciones de obedecer la orden que frenéticamente le enviaba su cerebro, hubiera abandonado aquel maldito lugar con más celeridad que un rayo.

Pero no podía moverse.

El abate avanzó lentamente hacia los novios y abrió el libro que llevaba en las manos.

Sus labios se movieron, pero Maurice no percibió siquiera el murmullo de sus palabras.

Maurice no había asistido jamás a una boda, pero, por referencias, tenía una noción aproximada de los ritos y palabras que suelen emplearse en tales ceremonias.

La actitud del abate, en principio, no le pareció la más adecuada.

El oficiante, con expresión de disgusto, empezó a arrancar una a una las páginas del libro.

Los invitados, sin perder su rigidez, abrieron sus descarnadas bocas para soltar una carcajada, que fue apagada al instante por las notas del órgano.

También Maurice se hubiera reído, de haber sido un mero espectador y no la víctima de aquella extraña y desconcertante ceremonia.

El abate alzó la mano.

—Arrodillaos —ordenó.

Suzanne obedeció inmediatamente, tirando de la manga a Maurice para que hiciera lo mismo que ella.

—Nos hallamos aquí reunidos —dijo el abate—para unir en santo matrimonio a este hombre y a esta mujer.

Los invitados asintieron.

El humo del pebetero se iba haciendo cada vez más espeso y la luz de los amarillentos cirios no era ya suficiente para poder luchar con ventaja contra la creciente oscuridad.

Las notas graves del órgano estallaron como un trueno, despertando una discordante retahíla de ensordecedores resonancias.

El abate volvió a alzar la mano y el órgano enmudeció.

El silencio que se produjo a continuación fue todavía más ominoso que la anterior orgía de sonidos.

Maurice fijó sus ojos en el rostro del abate.

La cabeza del oficiante se inclinó sobre el libro, del que ya no quedaba ninguna hoja.

De la calva del anciano, rodeada de blancos cabellos, surgió primero una hormiga, y luego otra, y otra, hasta formar un verdadero ejército.

Pero eso no fue todo.

Un gusano de cabeza amarillenta y cuerpo verdoso, se escurrió como un repugnante moco por uno de los orificios de su abultada nariz.

El abate sacó un enorme pañuelo del interior de su capa pluvial y se sonó ruidosamente.

Maurice, a punto de vomitar, emitió un sordo gemido.

El abate, después de una pausa, se dirigió a los presentes, diciendo:

—Si alguien conoce algún impedimento para que esta boda se celebre, que hable ahora o calle para siempre.

—¡Yo me opongo! —gritó una voz entre las tinieblas del fondo.

Se hizo un silencio impresionante y Maurice volvió la cabeza para descubrir al que había hablado.

¡Era el Bufón Negro!

Estaba allí, junto a una columna, con los brazos abiertos y la capucha calada hasta la frente.

—¡Yo me opongo! —repitió.

Y, dicho esto, como hiciera Sansón en el templo de los filisteos, empujó la columna con sus deformes manos.

No se oyó ningún estruendo, pero la bóveda de la capilla, como sacudida por los puños de un gigante, empezó a desplomarse, en un incontenible alud de piedras y argamasa.

—¡No! —gritó Maurice, hundiendo la cabeza entre los hombros, mientras sus manos se aferraban a la carcomida madera del reclinatorio.

8

—¡Eh! —le sacudió *Cicerón* hasta conseguir que abriera los ojos, todavía dilatados por el horror que acababa de vivir en sueños.

—¡No! —gritó Maurice, agarrando a su amigo.

—Vamos, vamos, ¿qué te ocurre?

—Yo...

—Has tenido un mal sueño, ¿no?

—¡Horrible! —exclamó Maurice, apoyándose en el codo para incorporarse de la cama.

Las ropas estaban revueltas y la almohada, torcida y arrugada, empapada de sudor.

—Me despertaste con tus gritos, muchacho —dijo *Cicerón*, que solo llevaba puestos los pantalones.

—Lo siento —replicó Maurice.

—¡Bah! En realidad, ya es de día. Y a juzgar por la altura del sol, bastante tarde.

Maurice parpadeó al mirar hacia la ventana, por la que entraba la luz a raudales.

—Voy a darme una buena ducha —dijo, saltando de la cama.

—¿Ahora? —se extrañó *Cicerón*.

—¿Por qué no? El agua fría se llevará por el desagüe los restos de esa maldita pesadilla.

—Mejor te iría un buen desayuno.

—Eso vendrá después.

Mientras se encaminaba hacia la puerta, camino del cuarto que baño que había en el fondo del pasillo, se volvió para decir a su amigo:

—Tampoco a ti te iría mal ducharte.

—¿Eh? ¿Por qué lo dices?

—Porque hueles mal, *Cicerón*.

—¡Vete al diablo! Yo solo me baño los sábados.

Y añadió, pasándose la mano por la mejilla:

—Lo único que necesito es un buen afeitado. Por suerte, se me ocurrió meter la maquinilla en la maleta.

La camioneta, que hasta entonces se había portado correctamente, de acuerdo con sus escasas posibilidades, empezó a tontear de forma

alarmante.

A los ruidos normales que emitía el anciano vehículo al rodar por la carretera se le unieron otros más de ignorada procedencia, pero que no presagiaban nada bueno.

Los ruidos adicionales culminaron en una especie de explosión, que fue como el calderón final de una discordante melodía.

La explosión hizo saltar una de las planchas laterales que cubrían el motor, suponiendo que pudiera llamarse motor a lo que el cochambroso vehículo llevaba en sus entrañas.

—¡Mierda! —volvió a emplear Maurice *le mot* que utilizó el general Cambronne en la batalla de Waterloo.

—¡Diablos! —exclamó *Cicerón*, que, aunque no se duchaba tan a menudo como su joven amigo, era más comedido en el lenguaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó innecesariamente Maurice.

—Dificultades —fue la lacónica respuesta de *Cicerón*.

La cosa resultaba evidente.

La espesa humareda que salía de debajo del capó hacía suponer que la avería era importante.

Paul Lebouteux puso el freno de mano y saltó a tierra con un trapo en la mano, el cual empleó para acabar de levantar la bamboleante cubierta.

Tuvo que esperar a que el humo se disipara un poco para echarle una mirada al motor.

Maurice, desde la cabina, vio como su compañero se rascaba el cogote con expresión de suma contrariedad.

El *gigoló* descendió también del vehículo.

—¿Podrás arreglarlo? —preguntó.

—Lo intentaré.

—¿Qué tiene?

—No estoy muy seguro.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí —respondió *Cicerón*—. Dame la caja de herramientas que hay debajo del asiento, y deja de hacer preguntas.

Cicerón empleó un par de horas en reparar la avería.

—He tenido que hacer una chapuza —dijo, mientras se limpiaba las manos con el trapo—, pero espero que aguante hasta que encontremos un mecánico en el pueblo más cercano.

Maurice, que había consumido casi medio paquete de cigarrillos durante la espera, preguntó:

—¿Puedo subir?

Paul asintió:

—Sí, claro. Si hay que empujar para que el motor se ponga en marcha, ya te avisaré.

Pero no fue necesario.

El motor, como si estuviera ansioso de hacerse perdonar la mala pasada que había jugado a los dos viajeros, se puso en marcha al primer intento.

—¡Asombroso! —exclamó *Cicerón*.

La camioneta volvió a rodar por la solitaria carretera con la misma velocidad que antes; es decir, a una marcha tan lenta, que incluso hubiera hecho retorcerse de risa a una tortuga.

—¿No puedes ir más rápido? —gruñó Maurice.

—No, lo siento.

—¡Maldita sea! A pie llegaríamos antes.

—Pero...

Maurice soltó una granizada de tacos.

—¡Hum! —le observó de reojo *Cicerón*—. ¿Puedes decirme qué diablos te pasa?

—¡Nada!

—Nunca te había visto tan nervioso. ¿Tanto te contraría que nos hayamos retrasado un par de horas?

—No estoy nervioso por eso, *Cicerón*, sino por esa maldita pesadilla que me ha atormentado esta noche.

—¡Bah! Eso es que te sentó mal la cena, muchacho.

Maurice movió la cabeza.

—No —dijo—. Soñé con ella, ¿sabes?

—¿Con la viuda?

—¿Qué viuda, estúpido? Me refiero a Suzanne.

Y contó a su amigo, con todo detalle, las oníricas escenas de las que fue protagonista forzoso.

—Curioso, verdaderamente curioso —fue el comentario de *Cicerón*, sin apartar los ojos de la carretera.

Maurice encendió un cigarrillo.

—No soy un tipo aprensivo —murmuró—, pero...

—¿Qué?

—Bueno, desde que esa cretina adivina acertó al pronosticarme que iba a conocer a una mujer rica que iba a cambiar mi vida, yo...

—¡Tonterías! Solo la casualidad ha intervenido en eso.

—Es posible, pero...

—Y en lo que se refiere al sueño, sigo opinando que se debió a una mala digestión. Aquellas truchas no estaban muy frescas.

—Es posible —asintió Maurice, abriendo el cristal de la ventana para arrojar el cigarrillo a la cuneta.

—Ya te lo advertí, pero tú no me hiciste caso.

—¡Hum!

—Sin embargo...

—¿Qué? —se volvió Maurice hacia su compañero al observar que se interrumpía.

—También puede ocurrir que no estés demasiado seguro de poder llevar a cabo tus planes.

—¿Qué quieres decir?

—Que acaso los remordimientos empiecen ya a atormentarte, antes de...

—¡Tonterías! —exclamó Maurice—. ¡Soy un tipo duro, *Cicerón*!

—Sí —replicó su amigo, observándole de reojo—. Pero no tanto como tú te imaginas.

9

El pueblo solo tenía un par de docenas de casas y una posada de mala muerte.

Estaba situado en una altura que dominaba todo el angosto valle, cerrado a ambos lados por rocosas montañas.

Maurice y *Cicerón* se apearon de la camioneta en la plaza que terminaba frente a un amplio mirador, protegido por una baranda de troncos, desde el que se dominaba todo el valle, que desde allí, debido a la altura, aparecía como un estrecho desfiladero.

El sol se ocultaba ya tras los montes del fondo, y las sombras del anochecer no tardarían en hacer su aparición.

—Aquello debe de ser Petit-Château —dijo Maurice, señalando la elevación de terreno sobre la que se levantaba un siniestro edificio medio en ruinas.

—No parece un lugar muy acogedor —comentó *Cicerón*.

—Mañana lo comprobaremos.

Paul Lebouteux se volvió hacia la posada.

—Tampoco este lugar tiene un aspecto muy agradable.

—Ya veremos —se encaminó Maurice hacia la puerta del parador —. Tal vez por dentro esté mejor.

Vana esperanza.

Lo único agradable de aquella especie de antro era el alegre fuego que ardía en la chimenea.

Detrás de un estrecho mostrador de madera sin barnizar, había un hombre calvo y gordo que estaba jugando una partida de ajedrez con uno de sus parroquianos.

En las mesas, varios individuos con aspecto de campesinos jugaban a las cartas.

Todos, sin excepción, observaron con curiosidad la presencia de los dos forasteros.

El dueño del local abandonó la partida para atender a los recién llegados.

—Buenas noches —dijo, quitándose el palillo que tenía en la boca.

Maurice y *Cicerón* correspondieron al saludo.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el gordo.

Solicitaron un aperitivo.

—¿Van ustedes a Brest? —inquirió el posadero, llenando las copas.

—No —respondió Maurice.

—Ya me extrañaba —manifestó el propietario del local, tapando la botella—, pues hubieran ido mucho más rápido por la carretera general.

—Nos dirigimos a Petit-Château —aclaró *Cicerón*.

El gordo levantó las cejas.

—¿De veras?

—Sí —respondió Maurice.

Un silencio ominoso, mezcla de curiosidad y asombro, se hizo en las mesas ocupadas por los campesinos jugadores.

—¡Diablos! —exclamó el gordo—. Hace mucho tiempo que ningún forastero se acerca a ese lugar.

—¿Hay algún motivo especial para ello?

—Pues...

—¿Es que no vive nadie en el valle? —preguntó *Cicerón*, empezando a temer que aquella misteriosa muchacha hubiera engañado a su amigo, y que hubiesen hecho en vano aquel fastidioso viaje.

Antes de contestar, el hombre que estaba detrás del mostrador se rascó la oreja.

—Bueno —dijo—, lo que en realidad ocurre en el valle es que...

El tipo que había estado jugando con él al ajedrez se acercó también a los viajeros y metió la nariz en la cuestión.

—Si son ustedes anticuarios o algo parecido —habló con voz pausada—, es mejor que sepan que allí ya no queda nada de valor. Se lo llevaron todo.

—¿Todo? —casi se atragantó Maurice.

—Sí, mi joven amigo.

—Somos chatarreros —dijo *Cicerón*.

—¡Oh! —sonrió su interlocutor—. Comprendo. En tal caso, es posible que no se vayan de vacío.

—Siguiendo la carretera —les informó el posadero—, al salir del pueblo, hay un camino que desciende hasta el valle. Pero resulta bastante arriesgado transitar de noche por él.

—¿Por qué? —bromeó *Cicerón*, indicando al gordo con una seña que volviera a llenar la copa—. ¿Acaso hay fantasmas?

Al parecer, nadie estimó que el comentario hubiera tenido nada de gracioso.

Los hombres que estaban jugando a cartas, después de mirarse unos a otros, optaron por enfrascarse en la partida.

—¿Podemos dormir aquí? —preguntó Maurice.

El gordo asintió.

—También, si lo desean —dijo—, puedo servirles algo de cenar.

—¡Perfecto! —exclamó *Cicerón*.

Les destinaron dos habitaciones individuales.

Por tal motivo, *Cicerón* ignoró si, durante el sueño, su compañero había sufrido otra pesadilla.

Tal vez su sueño fuera del todo tranquilo, pues, al día siguiente, mientras desayunaban, Maurice no hizo mención de ello.

El único sentimiento que al parecer le dominaba era la impaciencia.

Cuando la camioneta se alejó hacia la salida del pueblo, el posadero y su esposa, que habían salido a despedir a sus huéspedes, comentaron:

—¿Por qué no les has dicho lo que ocurre en el valle?

El gordo se encogió de hombros.

—Pueden encontrarse en dificultades —insistió ella.

—¡Bah! Se marcharán enseguida, pues allí ya no queda nada de valor.

—Sí, pero ya sabes que dentro de dos días...

—Ya no estarán allí, mujer. Estoy seguro de que esta misma noche volverán a alojarse aquí.

10

El camino de descenso hacia el valle era verdaderamente tortuoso.

La camioneta iba dando tumbos.

Cicerón, al volante, procuraba no arrimarse demasiado al borde de los precipicios.

—¡Diablos! —exclamó al cabo de una hora, cuando el vehículo pudo avanzar por un terreno completamente llano.

El valle formaba una especie de profunda hondonada cerrada casi por completo por altas montañas.

Ni siquiera los rayos del sol, que brillaban en un cielo sin nubes, conseguían alegrar el desolado paisaje.

La vegetación era escasa; pero alrededor de la coliga donde se levantaba el antiguo edificio, el Petit-Château, existía un pequeño bosque. En una de las laderas se veían algunas casas, sin duda deshabitadas, pues no se evidenciaba la menor señal de humo en las chimeneas.

Para llegar al pie de la colina tuvieron que cruzar un ruinoso puente de piedra tendido sobre el cauce de un arroyo de aguas verdosas y casi estancadas.

—¡Vaya! —exclamó *Cicerón* al tomar el sendero que conducía a la cima—. Por fortuna, la cuesta no es muy pronunciada.

A pesar de todo, el motor de la camioneta empezó a jadear de modo ostensible.

—No se observa el menor signo de vida —dijo *Cicerón*—. Supongamos que no encontramos a nadie.

—¡Tonterías! —gruñó Maurice, nervioso—. Estoy seguro de que ella está ahí. ¿Por qué razón iba a engañarme?

—No lo sé. Es difícil saber los motivos que tuvo esa pobre loca para...

—¡Mira! —le interrumpió de pronto Maurice.

La camioneta había llegado a una pequeña explanada, frente a la cual se levantaba el edificio.

Cicerón volvió la cabeza en la dirección indicada por su compañero.

Un hombre, con unas tijeras de podar en la mano, estaba

cortando unos rosales pegados a uno de los muros.

¡El enano vestido de negro!

El hombrecillo se había dado cuenta de su presencia y dejó lo que estaba haciendo para adelantarse hacia ellos.

Maurice y *Cicerón* descendieron del vehículo.

El enano, a la luz del día, no tenía un aspecto tan siniestro.

Incluso les sonrió, al mismo tiempo que hacía un gesto de bienvenida.

—La señorita Vallet se alegrará mucho de verle, señor —dijo con encantadora amabilidad.

—¿Está aquí?

—Por supuesto —respondió el enano—. Todos los habitantes del valle se han marchado, pero ella ha decidido permanecer en la mansión que perteneció a sus antepasados.

—¿No tiene parientes?

—No; todos murieron.

Y añadió, señalando hacia la arboleda:

—Están enterrados aquí.

Maurice y *Cicerón*, no sin cierto sobresalto, descubrieron la presencia de unas tumbas bajo la sombra de los árboles.

—¿No hay más servidumbre en la casa?

—No —respondió el enano—. Yo me encargo de todo.

—¿Puede usted anunciarnos? —dijo Maurice.

—Sí, por supuesto.

Pero no se movió del sitio.

Maurice estuvo a punto de soltar una palabrota, pero la sonrisa del enano le desarmó.

—Pasen, por favor —dijo—. Luego me encargaré de sus equipajes.

Con ligereza, a pesar de sus cortas piernas, el hombrecillo subió los tres escalones de piedra de la entrada y empujó la pesada puerta medio carcomida por el tiempo.

Contra lo que esperaban, el interior de aquella mansión con pretensiones de castillo estaba bastante bien conservado.

Después de cruzar un amplio vestíbulo, el enano los introdujo en un salón alfombrado, de paredes grises, de las que colgaban algunos cuadros muy antiguos.

Los muebles eran también muy viejos y de diferentes estilos. Sin embargo, los butacones que estaban dispuestos alrededor de la chimenea parecían mullidos y cómodos.

La chimenea estaba apagada, pero preparada para ser encendida en el momento que se estimara conveniente.

—Por las noches refresca —dijo el enano, como si adivinara el pensamiento de Maurice—. Y la señorita tiene siempre tanto frío que...

—¿Cuándo podremos saludarla? —le interrumpió *Cicerón*.

El enano volvió a titubear.

—En este momento está descansando —dijo.

—¿Acaso está enferma? —preguntó Maurice.

—Solo un poco débil, a causa de unas fiebres que la aquejaron hace unos dos meses. Es una dolencia endémica en este lugar, señor Clamart.

Era evidente que Suzanne había hablado de Maurice con el enano, pues este sabía su nombre y parecía estar al corriente de la situación.

Una situación que, al parecer, aceptaba de buen grado.

—El médico que la visitó en París dijo que la señorita Vallet necesitaba mucho reposo.

—Pero...

—No se preocupe —dijo el enano—; ahora se encuentra mucho mejor. Y, sin duda, la llegada de ustedes contribuirá a su restablecimiento.

—Dígame, señor...

—Mi nombre es Fabius —manifestó el enano a *Cicerón*.

—Dígame, Fabius, ¿por qué la señorita Vallet fue tan lejos a visitarse? ¿Es que no hay médico en este lugar?

—Murió hace dos años.

—Pero en el pueblo de ahí arriba sí lo habrá, supongo. Incluso le hubiera resultado más cómodo ir a Rennes o a Brest.

—Ciertamente, señor; pero como usted ya debe saber, las gentes que vivimos en el campo, debido tal vez a nuestra ignorancia, consideramos más competentes a los médicos de las grandes ciudades.

Maurice examinó con curiosidad al enano.

Lo primero que le extrañó es que se expresara con tanta desenvoltura y corrección.

No parecía un simple criado.

Su enanismo era del tipo acondroplásico; su tronco y su cabeza eran casi normales, en contraste con las extremidades inferiores, cortas y arqueadas.

Su joroba apenas era perceptible, pero por supuesto existía. Su pelo, canoso y encrespado, dejaba la frente al descubierto, sin esa estrechez común en los retrasados mentales; sus ojos eran negros y profundos, velados por una sombra de melancólica dulzura.

«¡Diablos! —pensó Maurice—. En realidad es bastante distinto de como le vi en mi pesadilla.»

—Allí hay bebidas —dijo el enano señalando un aparador—. No disponemos de un gran surtido, pero espero que encuentren algo que les apetezca.

Y añadió:

—Sírvanse ustedes mismos, por favor, mientras yo me ocupo de

trasladar su equipaje a las habitaciones de arriba. No son las mejores, pues el edificio fue bombardeado durante la guerra, pero no carecen de un mínimo de comodidades.

Antes de abandonar el salón, el enano les dedicó otra de sus amables sonrisas.

—¡Vaya! —exclamó *Cicerón*—. Un hombrecillo verdaderamente muy agradable.

—¡Hum! —se encogió de hombros Maurice.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Fabius.

—Le sentaría mejor «Rigoletto».

—¿«Rigoletto»?

—Sí —replicó *Cicerón*—, el protagonista de una ópera de Wagner, cuya acción transcurre en la corte de Venecia.

Se equivocaba, como siempre que intentaba hacer alarde de sus conocimientos, pues la ópera «Rigoletto» es de Verdi y su acción, como todo el mundo sabe, tiene lugar en la corte italiana de Mantua.

Mientras *Cicerón* abría el aparador donde estaban las bebidas, Maurice se dedicó a examinar todos los rincones del espacioso salón.

Pronto le llamó la atención un gran mural pintado al fresco en una de las paredes.

Aunque estaba bastante deteriorado por la humedad y el paso de los años, podía apreciarse con claridad la escena que representaba.

El artista había pintado a un grupo de hombres y mujeres en un jardín. Las figuras, muy desvaídas, vistiendo ricos trajes de época, se agrupaban alrededor de una hermosa joven, rubia y algo mofletuda, que estaba sentada junto a un macizo de flores.

—¡Diablos! —exclamó Maurice con repentino sobresalto.

—¿Qué ocurre? —se volvió *Cicerón* hacia su compañero, alarmado por el tono de voz que este había empleado.

—¡Mira! —señaló Maurice.

Paul Lebouteux, sin dejar la copa que tenía en la mano, se acercó al mural.

El dedo de su amigo, un tanto tembloroso, señalaba la figura de un bufón vestido de negro, que estaba arrodillado a los pies de la joven dama.

—Es él —exclamó Maurice.

—¿Te refieres al enano?

—¡Sí!

—Desvarías, muchacho. Este mural, sin duda, fue pintado hace más de doscientos años.

—¡Te digo que es él!

—¡Tonterías! Lo que ocurre, Maurice, es que todos los enanos se parecen. Es imposible que...

—No me refiero a Fabius, sino al enano que vi en mi sueño.
—¿Eh?
—¡El Bufón Negro! —exclamó el *gigoló*.
—Pero...
—¡Te aseguro que es él, Paul!

11

Cicerón entró en la habitación de su amigo.

—¡Vaya! —exclamó—. Ya se nota que tú eres el huésped de honor, muchacho.

—¿Por qué lo dices? —se incorporó Maurice de la cama, sobre la que se había tendido vestido.

—Porque mi habitación es mucho más pequeña y no dispone de un lecho con dosel. Además, esta tiene una ventana con vistas al jardín y la mía solo un ventanuco desde el que se divisa el cementerio.

—¡Bah! —sonrió Maurice.

—La diferencia es notable, ¿no te parece?

El *gigoló* encendió el cigarrillo que había extraído del paquete que había dejado sobre una mesa.

—No es eso lo que me preocupa —dijo, mientras la sonrisa se borraba de sus labios.

—¿Qué, entonces?

—La extraña coincidencia de que ese enano pintado en el mural sea igual al que vi en mi pesadilla.

—¡Oh!

—¿Cómo pudo aparecer tan claramente en mi sueño si yo no lo había visto nunca?

—Bueno, en realidad, el que intervino en tu pesadilla fue Rigoletto. Como ya te dije, todos los enanos se parecen.

Cicerón se acercó a la ventana.

A pesar de su intento de apartar de la mente de su compañero el recuerdo de su sueño, él también parecía preocupado.

—¿Sabes? —dijo, volviéndose hacia Maurice—. He descubierto algo extraño.

—¿Qué?

—Se trata de Rigoletto.

—¿Qué le ocurre?

—Hace un rato, cuando estaba yo echando una ojeada al cementerio desde el ventanal de mi habitación, le vi acercarse a una de las tumbas con un ramo de rosas en las manos.

—¿Y qué?

—Depositó las flores sobre una de las losas y luego se quedó un

buen rato allí plantado, con la cabeza baja y llorando.

—¿Llorando?

—Sí.

—Es posible que tenga a algún familiar enterrado en esa tumba.

—Tal vez, pero...

—¡Diablos! —reaccionó Maurice—. Si nos dejamos llevar por la imaginación, acabaremos viendo fantasmas por todas partes.

—Bueno, no he sido yo el primero en...

—Lo sé, lo sé —gruñó Maurice—. Pero hay que dejarse de bobadas. Lo único que nos interesa es conseguir ese cofre repleto de joyas.

—Todavía no estoy seguro de su existencia.

—Pronto lo sabremos.

—¡Ajá! —movió la cabeza *Cicerón*—. ¿Pero no te parece también muy extraño que Suzanne no haya hecho acto de presencia todavía?

—Pues...

—Se diría que no tiene mucho interés en verte.

—Está descansando.

—Sí, sí... Pero, a pesar de todo, podría haber bajado a la hora de comer.

—Fabius dijo que...

—Sí, ya sé: aseguró que Suzanne nos acompañaría durante la cena.

—Ya falta poco.

Maurice encendió otro cigarrillo.

—Por descontado, aprovecharé la oportunidad para hablarle de lo que nos importa.

—¡Las joyas!

—En efecto. Y una vez conozcamos dónde está su escondite...

No completó la frase, pero se pasó la mano por el cuello, con expresión que no dejaba ninguna duda sobre su siniestro significado.

—¿Estás dispuesto a...?

—¡Naturalmente! Los liquidaremos a los dos y ocultaremos sus cadáveres en cualquiera de esas tumbas. Si alguna vez se descubre lo ocurrido, nosotros ya estaremos lejos.

—¡Hum! —volvió a mirar por la ventana *Cicerón*—. Eres un tipo sin escrúpulos, Maurice. Me das miedo.

—¡Bah! En esta vida hay que aprovechar las oportunidades.

—Pero lo que vamos a cometer es un crimen.

—Olvídate de eso, Paul, y piensa solo en las joyas. Comprando y vendiendo chatarra nunca te harías rico. Además, vuelvo a insistir en que yo me encargo de todo.

—¿Qué... qué arma vas a emplear?

—¿No te diste cuenta del hacha que esta tarde manejaba el enano

para cortar leña?

—¡Diablos! —se estremeció *Cicerón*.

La oscuridad de la noche cayó sobre el valle.

El día había sido espléndido, pero, al atardecer, unos espesos nubarrones de tormenta cubrieron el cielo.

Cicerón estaba todavía en la habitación de su amigo cuando se produjo aquella llamada en la puerta.

Era el enano.

Fabius llevaba un candelabro encendido en la mano y, sin entrar en la estancia, anunció:

—La cena está servida.

Cuando Maurice y su amigo bajaron al comedor observaron que en la mesa, iluminada por dos candelabros de varios brazos, había tres cubiertos.

Sobre un mantel de hilo, de una blancura deslumbrante, resplandecían las copas de cristal tallado y la cubertería de plata.

En el centro de la mesa, unas flores amarillas, de penetrante perfume, rompían la monotonía del conjunto.

—La señorita Vallet no tardará en bajar —anunció el enano, mientras se colocaba con parsimonia unos guantes blancos.

La escalera que conducía al piso superior estaba iluminada por un candelabro colocado sobre una mesita del descansillo.

Se escuchó un portazo apagado y un leve rumor en lo alto.

Suzanne de la Vallet, vistiendo un amplio vestido blanco y con el cabello sujeto sobre la nuca en forma de bucles, empezó a descender por la escalera con la majestad de una reina.

El collar que llevaba puesto, en el caso de que fuera de perlas auténticas, como era presumible, era de un valor incalculable.

Y también los pendientes de platino, oro y brillantes que colgaban de los lóbulos de sus orejas.

—¡Diablos! —se dijo *Cicerón*—. A juzgar por la muestra, lo del tesoro es cierto.

Maurice se adelantó para recibir a la joven al pie de la escalinata.

—¡Hola, Suzanne! —dijo el *gigoló*—. Ya ves que he cumplido mi promesa.

—Estaba segura de que no te olvidarías de mí, Maurice.

—¿Y tú?

—Yo te esperaba con impaciencia.

—Fabius me ha dicho que estás un poco indispuesta, pero...

—¡Oh! —sonrió ella—. Fabius es un pequeño tirano que me obliga a seguir con demasiado rigor los consejos de aquel médico que me visitó en París. Pero ahora que tú has llegado, ya me encuentro bien del todo.

Y sin duda era cierto, pues sus ojos resplandecían, y en su rostro, que Maurice recordaba tan pálido, aparecía una arrebolada expresión de felicidad.

Maurice presentó a su compañero de viaje, pero Suzanne no le hizo el menor caso.

Se limitó a sonreír, pero sin ofrecer su mano.

Maurice fue a separar la silla para que la muchacha se sentara a la mesa, pero Fabius se le adelantó.

Cuando los tres estuvieron acomodados, Suzanne, volvió la cabeza hacia el enano, que esperaba junto a la puerta en actitud respetuosa, y le dijo:

—Puedes empezar a servir, Fabius.

—Bien, señora —se inclinó el enano antes de ausentarse en dirección a la cocina.

La cena fue verdaderamente deliciosa y los vinos adecuadamente escogidos.

»No hay duda —se dijo *Cicerón*, mientras paladeaba un La Tour de 1934—, que ese hombrecillo vale mucho más de su peso en oro. No me explico como puede atender a tantas cosas.

Maurice advirtió que Suzanne apenas probaba bocado, pero no dijo nada.

«La pobre estúpida está tan emocionada por mi presencia —pensó con cínica presunción—, que ha perdido el apetito.»

Cicerón, que muy pocas veces fumaba, aceptó un oloroso habano de la caja que le ofreció el enano, mientras le preguntaba:

—*Cognac* o *Fine Normande*?

—*Cognac*, por supuesto —respondió Paul Lebouteux—. Aborrecí ese maldito aguardiente obtenido por la destilación de la sidra cuando estuve combatiendo en Normandía.

Maurice rechazó el licor y el puro.

—¡Ejem! —dijo *Cicerón*—. Si me lo permitís, voy a salir fuera para fumarme este estupendo cigarro.

Era una excusa para dejar solos a la muchacha y a su amigo.

—¿No tendrás frío? —preguntó Maurice.

—No —se levantó de la mesa *Cicerón*—. La cena ha sido muy copiosa y necesito estirar un poco las piernas.

Fabius también había abandonado el comedor para dirigirse a la cocina.

Una vez en el jardín, Paul Lebouteux encendió el puro y avanzó lentamente a lo largo del muro del edificio, rozando los rosales todavía repletos de las últimas rosas otoñales.

—¡Excelente cigarro! —exclamó—. En toda mi vida había fumado algo semejante.

Se hubiera sentido mucho menos satisfecho y optimista de haber sospechado que, lamentablemente, ya no tendría la oportunidad de fumar otro.

12

Pero *Cicerón* no había salido al jardín solo para estirar las piernas, como había pretextado.

Su propósito principal era otro.

Toda la tarde, desde que había visto al enano colocar aquel ramo de flores sobre la tumba del cementerio contiguo al edificio, una sola idea le bullía en la cabeza: conocer la identidad de la persona que había allí enterrada.

De no estar tan animado por el vino y el *cognac* ingerido, tal vez hubiera aplazado el satisfacer su curiosidad hasta el día siguiente.

Pero el alcohol había apartado de su mente cualquier sensación de inseguridad o de miedo.

Al otro extremo del muro había una especie de cobertizo sin puertas, a cuyo amparo estaba aparcada la camioneta.

Cicerón abrió la portezuela de la cabina y, sin entrar en ella, buscó a tientas la linterna eléctrica que guardaba debajo del asiento en previsión de cualquier emergencia.

—Espero que funcione —murmuró cuando la tuvo en sus manos.

Accionó el botón, enfocando hacia sus pies, y un haz de luz mortecina, amarillenta, se extendió delante de él.

—¡Maldita sea! —exclamó entre dientes—. Las pilas están a punto de agotarse.

Pero confió en que la amarillenta claridad que brotaba de la linterna no se extinguiera hasta haber completado su inspección.

El sendero que conducía hasta el bosquecillo donde estaba el cementerio estaba un poco encharcado por la lluvia que había caído al atardecer, pero no le importó.

—No creo que en todo esto haya nada de sobrenatural —murmuró, quitándose el puro de los labios—, pero como hace decir Moliere a Hamlet en *El Mercader de Venecia*, hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que la mente humana puede imaginar.

Si Shakespeare hubiera estado enterrado en una de aquellas tumbas, tal vez se hubiera levantado indignado para reclamar la paternidad de la cita.

Pero el «Cisne de Avon», como llamaban al genial dramaturgo inglés, duerme su último sueño al otro lado del Canal.

Al llegar al cementerio, *Cicerón* pensó que tal vez fuera una falta de respeto fumar en aquel sagrado recinto.

Pero el cigarro era demasiado bueno para arrojarlo a medio consumir y lo retuvo entre los dientes, dando chupadas.

Las tumbas, diseminadas bajo los árboles, eran como manchas blancas en la oscuridad.

La hierba estaba muy húmeda, y en varias ocasiones había estado a punto de resbalar.

El haz de linterna fue iluminando el contorno, provocando la huida de algunos pájaros nocturnos.

—¡Allí está! —exclamó.

Había reconocido la tumba ante la que había estado llorando el enano, gracias al ramo de rosas que este había depositado sobre la losa que la cubría.

Cicerón se sentía un poco mareado a causa del alcohol y del tabaco, pero dispuesto a seguir adelante.

Se acercó a la tumba y, proyectando la luz de la linterna sobre la losa, leyó lo que en ella estaba escrito.

—¡Diablos! —se asombró.

En aquel mismo momento, una sombra surgió a sus espaldas y le golpeó en la nuca con un pesado bastón.

Cicerón se desplomó sin sentido sobre la losa en la que, un segundo antes, había podido leer lo siguiente:

SUZANNE DE LA VALLET
1924-1944

El enano se quedó contemplando unos instantes el cuerpo inanimado de Paul Lebouteux y luego pisó con el pie el cigarro que humeaba en el suelo.

El fragor de un trueno despertó centenares de ecos en el valle, como preludio de la intensa lluvia que empezó a caer.

Fabius, utilizando el bastón que llevaba en las manos, levantó la losa de una tumba cercana.

Cuando *Cicerón* recobró el sentido, se encontró rodeado por la oscuridad más completa.

Quiso mover las manos, pero no lo consiguió.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Dónde estoy?

No hubo respuesta.

Levantó la cabeza con gran esfuerzo, pues la nuca le dolía de un modo terrible, pero su frente chocó contra algo duro y frío.

No había duda de que alguien le había golpeado en el momento en que estaba inclinado sobre la losa.

Pero, ¿quién?

Después de un momento de reflexión, llegó al convencimiento que solo el enano había podido ser el agresor.

¿Por qué le había atacado?

¿Acaso para evitar que leyera la inscripción? Si era así, había intervenido demasiado tarde.

Sin embargo, era evidente que no se había contentado con golpearle; aprovechando su pérdida del sentido, le había encerrado en un sótano, en una especie de agujero del que, sin contar con ayuda del exterior, no podía salir.

—¡Socorro! —gritó.

El grito se ahogó en el interior del sótano, como si hubiera rebotado contra las angostas paredes.

Pero, ¿estaba realmente en un sótano?

Notó una fría humedad en las piernas, como si el agua se filtrara a través de una grieta.

Ladeó la cabeza y vio un pequeño agujero, a través del cual pudo percibir la claridad intermitente de los relámpagos.

—¡Socorro! —volvió a gritar.

Algo se movió encima de su vientre, emitiendo una serie de agudos chillidos.

—¡Ratas! —exclamó.

Los roedores subieron lentamente por su pecho y, presas de una repentina voracidad, empezaron a mordisquearle el cuello y la cara.

—¡No! ¡No! —suplicó.

Intentó mover los brazos, pero la cuerda que los sujetaba estaba fuertemente anudada y solo consiguió destrozarse las muñecas.

Respiró con fuerza, como si le faltara el aire y cerró los ojos para evitar las mordeduras de los repugnantes bichos que amenazaban con devorarle vivo.

De repente, comprendió: no estaba en un sótano, sino encerrado en el interior de una de las tumbas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió.

Aquello era todavía más horrible que el sueño que le había explicado Maurice.

Y, por añadidura, no se trataba de una pesadilla, sino de una realidad.

Una terrible realidad.

Las ratas empezaron a morder sus orejas, su nariz y sus labios.

—¡Piedad! —sollozó.

Sus esfínteres se aflojaron y, antes de que su cerebro estallara en mil pedazos, llegó hasta sus pituitarias el desagradable olor de sus propios excrementos.

Fuera, en medio del horrísono estruendo de la tormenta, la lluvia caía de forma implacable sobre las tumbas.

13

Maurice y Suzanne estaban sentados frente a la encendida chimenea del salón.

—¿Dónde se habrá metido *Cicerón*? —se inquietó Maurice, observando la cárdena claridad de los relámpagos a través del ventanal.

—No te preocupes por él —respondió Suzanne—. Estará en la cocina, con Fabius.

Maurice tomó una de las manos de la muchacha.

—¿Por qué has seguido viviendo en este lugar, Suzanne? —preguntó.

—Mis padres están enterrados aquí.

—¿Y eso qué importa? Eres joven, y es absurdo que te condenes a ti misma a permanecer encerrada en este valle, que solo guarda para ti amargos recuerdos. ¿No tienes otros parientes?

—No.

Era una buena noticia.

Cuando él y su amigo se largaran de allí con las joyas, nadie se molestaría en averiguar qué había sido de la propietaria del Petit-Cháteau y de aquel maldito enano.

—¿Me quieres? —dijo de pronto ella.

—Sí —mintió Maurice.

—Bésame.

El *gigoló* buscó los labios de la muchacha.

—Has venido, has venido —murmuró Suzanne, estrechándose contra él.

—Sí, querida.

—Y no te marcharás nunca, nunca...

—Nunca, te lo prometo.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Paul también me dijo lo mismo —suspiró—, y un día se marchó para no regresar jamás.

—Deja de pensar en él.

Suzanne acercó su rostro al de Maurice y este, venciendo su repugnancia, volvió a besarla.

Fuera rugía la tormenta.

—Quiero enseñarte algo —dijo la joven al cabo de un rato.

—¿Qué, querida?

—Las joyas.

Él se sobresaltó.

—¡Oh!

—Pertenecieron a mi familia, pero ahora serán para ti, para el hombre que ha de ser mi esposo.

Y añadió, mientras sus labios se entreabrían con una dulce y melancólica sonrisa:

—Celebraremos una gran fiesta. La capilla está un poco estropeada a causa del bombardeo, pero la restauraremos. Y si no te gusta vivir aquí, nos marcharemos a otro lugar.

Mientras pronunciaba estas palabras, la joven se había levantado para tomar uno de los candelabros que lucían sobre un aparador.

—Vamos —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Maurice.

—Al sótano.

—¿Hay que salir fuera?

—No —respondió ella—. La entrada está detrás del altar de la capilla, y puede accederse a ella por aquel corredor.

Maurice, muy satisfecho del cariz que estaban tomando los acontecimientos, se dispuso a seguir a Suzanne, que se internó por el corredor con el candelabro en la mano.

Todo estaba resultando más fácil de lo que él había imaginado. No había sido necesario que hiciera ninguna insinuación con respecto a las joyas.

Aunque era un tipo sin escrúpulos, Maurice experimentó un poco de pena por la muchacha.

Pero intentó dominarse.

Si aquella estúpida le ponía a su disposición una fortuna incalculable, ¿por qué iba a rechazarla?

Tal vez aquella misma noche podría dejar resuelto lo que le había conducido a aquel apartado rincón de Bretaña.

Dentro de unos días, cuando estuviera tomando el sol en cualquier playa del extranjero, ni siquiera tendría un piadoso recuerdo para la mujer que, junto al enano, se estaría pudriendo en el interior de una de las frías tumbas del olvidado cementerio de Petit-Château.

El corredor terminaba en una puerta de madera labrada, que Suzanne empujó, ayudada por Maurice.

Al otro lado estaba la capilla.

El aire húmedo que se filtraba por los boquetes abiertos en las paredes por las bombas estuvo a punto de apagar las velas del candelabro.

Suzanne avanzó hacia el altar a través de los bancos de madera

casi calcinados por el fuego.

Debajo de las bóvedas evolucionaron varios murciélagos de gran tamaño, asustados por la presencia de los dos intrusos.

Maurice tropezó en una losa mal ensamblada y se agarró a uno de los carbonizados bancos para no caer.

Suzanne se volvió hacia él, alarmada.

—No es nada —gruñó Maurice.

La entrada del subterráneo estaba, en efecto, detrás del altar, a los pies de un gran crucifijo.

Unos peldaños rocosos se hundían en el suelo.

Maurice tomó el candelabro de manos de la muchacha y empezó a descender delante de ella.

La escalera formaba varios recodos y terminaba en una cripta de húmedas paredes.

—Allí está el cofre —señaló ella.

El cofre, reforzado con unas varillas de hierro, estaba depositado en una hornacina.

—Ábrelo —dijo Suzanne, haciéndose cargo del candelabro para que Maurice tuviera las manos libres.

El *gigoló* dio vuelta a la llave que había en la cerradura.

Su corazón palpitó con fuerza al levantar la tapa cubierta de polvo.

—¡Diablos! —exclamó.

Sus dedos se hundieron ávidamente en el áureo amasijo que formaban los dijes, camafeos y relicarios de oro, la mayoría incrustados de piedras preciosas.

Había también monedas de oro, collares de perlas y numerosas sortijas.

A Maurice le parecía estar soñando.

Aquella estúpida loca no le había engañado.

La fortuna que se encerraba en el pequeño cofre superaba los cálculos más optimistas.

Se imaginó la cara que pondría *Cicerón* cuando viera aquel incalculable tesoro.

Aunque, pensándolo bien, ¿qué necesidad tenía de repartir el botín con su amigo?

Sería una estupidez.

Ya encontraría la manera de deshacerse de él.

No hay dos sin tres, dice el refrán. La misma hacha que usaría para liquidar a la muchacha y el enano serviría para enviar al otro mundo a su bobalicón compañero.

Sí, estaba decidido: no compartiría con nadie el contenido de aquel cofre.

—¿Qué te parece? —preguntó Suzanne.

—¡Maravilloso! —exclamó Maurice.

El *gigoló* no apartaba la mirada de aquel tesoro; por fin, con cierto pesar, se decidió a cerrar la tapa del cofre.

—Todo es tuyo, Maurice —murmuró ella.

—Sí —asintió él.

—Volvamos arriba —dijo Suzanne.

¿Volver? Sí, por supuesto, pero antes...

Ya había decidido lo que iba a hacer. Estaban solos y nadie podía impedir que se deshiciera allí mismo de la loca. La agarraría por el cuello y...

—Dame el candelabro —dijo con voz ronca.

La muchacha se lo entregó y él lo colocó en el suelo.

14

Las sombras de los dos se proyectaban en la pared, inmóvil la de Suzanne y moviéndose lentamente la de él.

Las manos de Maurice se alzaron.

Pero unos leves pasos que sonaron a su espalda le hicieron revolverse con expresión de sorpresa y enojo.

—¿Quién...?

Era el enano.

Maurice, disimulando su irritación, tomó el candelabro y lo levantó del suelo.

Unas gotas de cera se desparramaron sobre el pavimento.

Maurice observó que el enano había perdido su expresión amable y risueña.

El maldito bastardo se mantenía a la expectativa, silencioso y vigilante, sin apartar la mirada del *gigoló*.

«¿Sospechará algo?» —pensó Maurice.

Juzgó que no era prudente atacarle ahora, pues Fabius, a pesar de su corta estatura, podía ser un sujeto muy peligroso.

Era forzoso esperar.

Lo más prudente sería saltar sobre él por sorpresa, cuando le diera la espalda.

Y, por supuesto, cuando él, Maurice, tuviera en sus manos el arma capaz de abatirle.

El enano tenía que ser el primero en morir. Cuando el hacha partiera en dos su deforme cabezota, cuando le viera revolcarse en su propia sangre, habría llegado el momento de ocuparse de la loca.

La muchacha no le daría ningún trabajo.

Confiaba tanto en él que ni siquiera cuando estuviera en el umbral del otro mundo se daría cuenta de que era su amado Maurice quien le daba el pasaporte.

—Vamos —dijo de pronto Suzanne, cruzando los brazos sobre su escuálido pecho—. Aquí hace un poco de frío.

—Sí, querida —murmuró Maurice.

El enano, sin decir nada, dio media vuelta y empezó a subir las escaleras que conducían a la capilla.

Cuando Maurice y Suzanne se encontraron detrás del altar,

después de recorrer el mismo camino, Fabius había desaparecido.

»¡Que se vaya al diablo! —se dijo Maurice.

Ni la existencia en aquel lugar de cien enanos podía hacer mella en su alborozado optimismo.

Ya no podía dudar de que era un tipo con mucha suerte.

¡Y pensar que había estado a punto de no embarcarse en aquella extraordinaria aventura!

Si la amiga de la viuda Couscous no le hubiera anunciado lo que iba a ocurrirle, jamás hubiera hecho caso de la perturbada que, en París, se cruzó en su camino.

Las cartas no se habían equivocado.

No existía la menor duda: aquella mujer iba a cambiar su vida por completo.

Ya no tendría que compartir la cama con ninguna vieja ninfómana para conseguir, a cambio de unas sucias y frustrantes caricias, un puñado de francos.

Ahora era rico, inmensamente rico.

Cuando llegaron al salón, el enano estaba colocando un leño en la chimenea para avivar el fuego.

—Estoy cansada —dijo Suzanne—. Si me lo permites, querido, voy a subir a acostarme.

—Por supuesto —dijo Maurice.

Y añadió, al observar a través del ventanal que había dejado de llover y lucía la luna en el cielo:

—Mañana hará un buen día y podremos salir a tomar el sol.

Ella no contestó, pero los delgados labios del enano se curvaron para reprimir una extraña sonrisa.

15

Cuando Maurice entró en su habitación, apagó las velas que alumbraban la estancia, pero no se desnudó.

Se tumbó vestido en la cama, y esperó.

Tenía que dar tiempo al enano para que este dejara de trajinar en la cocina y entrara en la habitación de la planta baja, donde dormía.

Cuando la casa quedara en silencio, bajaría a la cocina, donde estaba colgada el hacha, y...

Maurice se estremeció.

No iba a resultar agradable liquidar a hachazos al pequeño bastardo, pero no había más remedio.

Si *Cicerón* fuera un tipo con más agallas, él podría encargarse del trabajo de liquidar a Fabius.

Pero no se podía contar con él.

Ni siquiera se había molestado en venir a su cuarto para inquirir noticias.

Había bebido demasiado, y ahora estaría durmiendo la borrachera, roncando como un cerdo.

Le despertaría cuando todo hubiera terminado y pudieran largarse con viento fresco de aquel maldito agujero.

Con las joyas, por supuesto.

Al amanecer, ya estaría camino de París.

Todavía no había decidido cuándo y cómo se desharía de su compañero, pero se ocuparía de ello sobre la marcha y en el momento más oportuno.

Maurice sabía conducir, pero era preferible que fuera *Cicerón* quien se las entendiera con la vieja y destartalada camioneta, que podía convertirse en un montón de chatarra inerte en unas manos menos expertas.

Una vez en París, no sería necesario que se ocupara por sí mismo de liquidar a su compañero; podía permitirse el lujo de pagar a otro para que se ocupara del trabajo.

En cuanto a la viuda Couscous, tendría que buscarse a otro para que le calentara la cama tres veces a la semana.

Sonrió al pensar en eso, como si fuera algo muy divertido.

El tiempo pasaba muy lentamente, pero procuró refrenar su

impaciencia.

No podía arriesgarse.

Era preferible que el enano estuviera completamente dormido cuando irrumpiera en su habitación.

Volvió a sonreír.

—¡Maldita sea! —se animó a sí mismo—. Bastarán un par de golpes de hacha para enviar al infierno a esa asquerosa cucaracha.

Fue entonces cuando escuchó un leve rumor al otro lado de la puerta.

—¿*Cicerón*? —inquirió.

Peo no era su amigo quien entró en la habitación.

—¡Suzanne! —se sorprendió Maurice, saltando de la cama.

La muchacha avanzó hacia él, bañada por los rayos de la luna que entraban por la ventana.

—Maurice —murmuró ella.

—¿Qué haces aquí?

Suzanne, en lugar de contestar, se despojó de la blanca y transparente bata que llevaba y quedó completamente desnuda.

—¡Diablos! —exclamó Maurice.

Los ojos de Suzanne brillaban de deseo.

Sí, Maurice no podía engañarse respecto a ello. Había visto muchas mujeres en aquel estado para no saber a qué atenerse. Pero nunca hubiera imaginado que aquella loca lánguida y sentimental pudiera comportarse como una zorra desvergonzada.

¡Era increíble!

En el fondo, no podía por menos de sentirse halagado.

Halagado y complacido.

Suzanne, desnuda, hacía gala de unos encantos insospechados. Su cuerpo, parecido al de una adolescente, era de líneas perfectas; sus senos, aunque pequeños, tenían una turbadora turgencia, en contraste con su vientre plano y virginal.

Ya no era un pedazo de hielo, sino un cuerpo lleno de vida, en cuyo interior se consumía la llama de una irrefrenable lujuria.

«¡Sea! —pensó Maurice—. Eso no va a cambiar nada, pequeña, pero, por lo menos, sabrás, antes de morir, lo que son las caricias de un hombre como yo.»

Maurice enlazó a la muchacha por el talle y la besó en el cuello.

—Maurice, Maurice... —musitó ella.

El *gigoló* la empujó hacia la cama y la obligó a tenderse. La contempló unos instantes, bañada por los rayos del astro de la noche que entraba por el ventanal, y luego, lentamente, empezó a desnudarse.

Una pálida claridad entraba por la ventana, pero aún no era de día.

La luz de la luna ya no entraba directamente en la habitación, pero Maurice, todavía amodorrado, pudo ver el contorno de las cosas.

Suzanne, tapada hasta la cabeza, estaba tendida a su lado.

El joven sonrió, entre orgulloso y complacido, evocando la pugna amorosa que había tenido lugar entre los dos.

Maurice, no sin esfuerzo, había conseguido calmar los furores uterinos de la pequeña bastarda, que al fin se había quedado dormida junto a él, relajada y satisfecha.

Él también se había dormido, pero, por fortuna, había despertado a tiempo.

Tenía algo importante entre manos y debía realizarlo antes de que se hiciera de día.

16

Procurando no hacer ruido, saltó de la cama, y buscando sus ropas esparcidas por el suelo, empezó a vestirse.

«Bajaré a la cocina —pensó—, y una vez conseguida el hacha que está allí guardada, entraré en la habitación del enano para acabar con él. Luego, sin temor a que nadie me interrumpa, volveré aquí para ocuparme de...»

Ya vestido, se acercó al lecho para comprobar si la muchacha seguía profundamente dormida.

Con suavidad, apartó la sábana para dejar al descubierto el rostro de Suzanne.

Lo primero que vio fueron los ojos de ella, abiertos de par en par, fijos en él.

¡No dormía!

Su cara despedía un halo fosforescente, entre amarillento y verdoso.

De pronto, sin apartar sus ojos de él, entreabrió los amoratados labios para sonreír.

Unos dientes amarronados y sucios, apenas sujetos por unas descarnadas encías, convirtieron su sonrisa en una mueca siniestra.

Maurice, aturdido y confuso, dio un tirón a la sábana y dejó el descubierto el torso desnudo de la muchacha.

Las costillas, apenas veladas por algunos pingajos de carne podrida, llena de gusanos, crujieron al mover ella los resecos pulmones para convertir su sonrisa en una horrible carcajada.

—¡Dios mío! —imploró Maurice, tal vez por primera vez en su vida.

¡Estaba muerta!

Presa de pánico, pero al mismo tiempo de una furia incontenible, tomó el candelabro que había sobre la mesa de noche y empezó a golpear aquel horrible esqueleto con todas sus fuerzas.

—¡Maldita! ¡Maldita! —gritó.

Ella, a pesar de los golpes, que hacían saltar esquirlas de huesos y trozos de carne podrida, no cesó de reír.

De pronto, Maurice, que estaba de espaldas a la puerta, intuyó que alguien acababa de entrar.

Se revolvió con el candelabro en la mano, dispuesto a enfrentarse con un nuevo peligro.

Pero el que acababa de entrar era *Cicerón*.

—¿Tú?

Pero, ¿era él en realidad?

Maurice reconoció sus facciones a pesar de su cara destrozada y comida en parte por las ratas.

Sus ojos le miraban con infinita tristeza, mientras sus labios se abrieron para murmurar:

—¡Huye, Maurice! ¡Sal de este lugar antes de que sea demasiado tarde!

—¡Por todos los diablos! —casi gimió Maurice—. ¿Qué te ha ocurrido?

—No te ocupes de mí, Maurice —empezó a desvanecerse el espectro de su amigo—. Yo ya estoy muerto.

—¿Muerto?

—Sí, Maurice... ¡Y tú también morirás si no te alejas inmediatamente de este horrible valle!

Maurice alzó la mano para tocar a su amigo, pero este ya no estaba allí.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rio la muerta.

Maurice, exasperado, le arrojó el candelabro a la cabeza.

Cuando abandonó la habitación para salir al pasillo y bajar a trompicones al piso inferior, la carcajada de ella resonó en toda la casa.

Se marcharía, sí, pero no sin llevarse consigo el cofre de las joyas.

Aunque todos los muertos enterrados en las tumbas del cercano cementerio volvieran a la vida para intentar impedírselo, no se iría sin el tesoro que estaba guardado en el sótano.

Ni siquiera se había dado cuenta de cómo había cruzado la ruinosa capilla y descendido hasta la cripta.

¿Dónde había encontrado aquella vela con la que se alumbraba?

No le importaba.

Actuando como un autómata, consiguió cargar con el cofre y salir al exterior.

Poco después, llevando a su lado el valioso botín, maniobró para sacar la camioneta del cobertizo.

Aferrado al volante, fija la mirada en el camino que iluminaban los faros, cruzó el jardín con toda la velocidad que le fue posible.

De pronto, surgiendo de entre unos arbustos, la grotesca figura del enano se levantó frente a él, gritando con los brazos extendidos.

—¡Vete al diablo, maldito bastardo! —gritó Maurice a su vez, pisando el acelerador hasta el fondo.

El enano, alcanzado de lleno, saltó por los aires como un muñeco

desarticulado.

Un chorro de sangre ensució el parabrisas.

—¡Rata asquerosa! —gruñó el *gigoló*.

La camioneta, después de cruzar el puente de piedra, avanzó por la orilla del torrente en busca del camino que conducía hacia el pueblo situado en lo alto.

La explosión tuvo lugar en el mismo momento en que la camioneta entraba en sendero.

Casi al instante, Maurice escuchó un sordo rumor que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en un pavoroso rugido.

—¡Maldita sea! —exclamó, desconcertado por aquel inesperado fenómeno—. ¿Qué significa esto?

Una masa líquida, como una ola gigantesca, chocó violentamente contra uno de los lados del vehículo.

Maurice intentó acelerar, pero el motor no respondió a sus denodados esfuerzos.

La masa líquida le envolvió por todas partes como un negro sudario y el agua empezó a entrar en la cabina.

—¡No! ¡No! —gritó Maurice, agarrado al volante.

Dos horas más tarde, cuando la pálida claridad del amanecer empezó a disipar la oscuridad, el valle, inundado, se había convertido en un inmenso lago.

EPÍLOGO

El coche se detuvo en la explanada que había frente a la posada, y del mismo descendió una joven pareja.

El dueño del establecimiento, que estaba tomando el tibio sol otoñal a la puerta del mesón, avanzó al encuentro de los recién llegados.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó en francés el joven, pero con marcado acento extranjero.

—¿Se refiere al pantano?

—Sí. Cuando yo estuve aquí hace unos años, en plena guerra, el valle no estaba cubierto por las aguas.

—Lo inundaron hace dos meses —explicó el gordo—. Por cierto, que ocurrió algo muy extraño.

—¿Qué?

—La carga explosiva que habían preparado para abrir un nuevo cauce en el río, por un desdichado azar, estalló antes de tiempo y de manera incontrolada. La inundación, que debía ser paulatina, se produjo en una sola noche.

—¿Ocurrió alguna desgracia?

El gordo vaciló.

—No; no lo creo —dijo al fin—. En el valle no vivía nadie; solo reposaban en él los muertos del viejo cementerio.

El joven se acercó al borde de la presa y, arrancando una flor silvestre que crecía entre las piedras del mirador, la arrojó al agua.

—¿Por qué has hecho eso, Paul? —le preguntó su joven esposa.

—No lo sé —respondió él—. Ha sido algo instintivo.

—Vámonos —dijo ella, agarrando del brazo a su marido—. Este lugar no me gusta.

—Yo estuve aquí, ¿sabes?

—Sí, ya me lo has dicho. He accedido a tu extraño capricho de visitar este lugar, pero creo que ha llegado el momento de proseguir nuestra luna de miel en un ambiente más divertido. Volvamos a París, por favor.

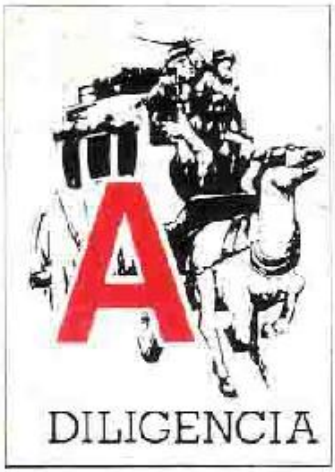
—Como quieras, querida.

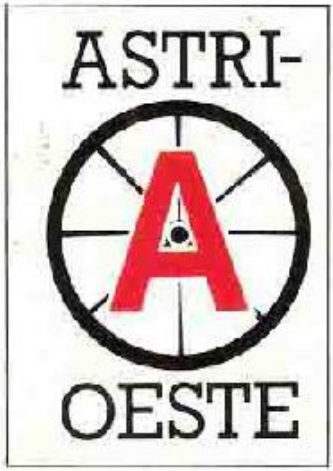
El gordo los vio subir al coche y alejarse, mientras gruñía con expresión malhumorada:

—¡Ni siquiera se han detenido para beber algo!

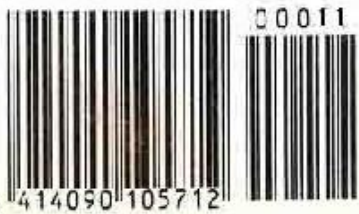
Y antes de retirarse del borde del pantano, escupió, despectivo, sobre las tranquilas aguas.

FIN





LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.



P.V.P. 110 ptas.

{1} **Nombre de la prisión de París. (Nota del Autor)**

Table of Contents

Título página
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
EPÍLOGO